



F.B.I., *se* ¡jaque mate!

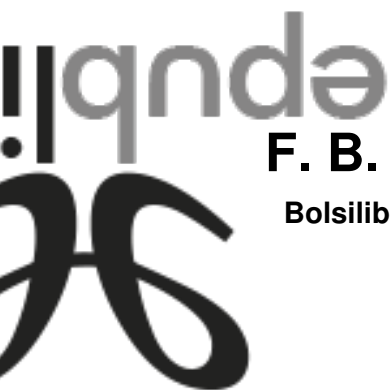
CURTIS GARLAND



—Evidentemente, es nuestro mejor hombre.

—Lo es. Pero ¿valdrá la pena sacarle de su actual misión en el Medio Oriente, para encomendarle algo tan complejo y falto de perspectivas, señor?

—Evidentemente, la misión en Oriente Medio es delicada. Aquello es ahora un volcán a punto de erupción. Pero hay hombres capacitados para cubrir la vacante del actual.



Curtis Garland

F. B. I..., ¡jaque mate!

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1205

ePub r1.0

Titivillus 04-12-2019

Título original: *F. B. I..., ¡jaque mate!*

Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



«Sólo quiero tres condiciones en cada uno de mis hombres. Sólo tres virtudes para el que jure su cargo de agente federal a mis órdenes.

»Y estas tres condiciones son el propio símbolo de nuestra organización:

»Fidelidad,

»Bravura,

»Inteligencia.

»JOHN EDGAR HOOVER,

»Director del FBI».

PRIMERA PARTE

GAMBITO EVANS Y ATAQUE MAX LANGE

CAPÍTULO PRIMERO

—Evidentemente, es nuestro mejor hombre.

—Lo es. Pero ¿valdrá la pena sacarle de su actual misión en el Medio Oriente, para encomendarle algo tan complejo y falto de perspectivas, señor?

—Evidentemente, la misión en Oriente Medio es delicada. Aquello es ahora un volcán a punto de erupción. Pero hay hombres capacitados para cubrir la vacante del actual.

—Yo no estaría tan seguro, señor. Sólo existe en nuestro organismo un agente de la talla de Chad Donovan. El Cairo y Tel Aviv son dos avisperos demasiado inquietantes para dejarlos a merced de otras manos que no sean las suyas.

—Tenemos agentes expertos que pueden sobrellevar esa tarea, al menos durante un tiempo. Es posible que Donovan pueda después ocuparse de esa misión otra vez. De momento, creo que ésta es la más importante de todas. Y debe llevarla a cabo, sin la menor duda. Los dos hombres se miraron en silencio, cuando se hizo una pausa en el confortable despacho de muros acolchados, a prueba de todo ruido, totalmente aislado del exterior, y con toda clase de procedimientos de seguridad para evitar que nadie pudiese llegar a saber lo que allí se hablaba. Circuitos electrónicos muy complejos, y medidas de todo tipo, aislaban aquel santuario del resto del amplio edificio, en Washington, D. C. Exactamente en el departamento de justicia de los Estados Unidos, donde el Federal Bureau of Investigation, mundialmente conocido por sus tres siglas de FBI, tenía su sede habitual.

El alto mandatario federal y su interlocutor parecieron estudiarse mutuamente, como tratando de juzgar quién tenía razón de ambos, si el que trataba de arriesgar la actual misión de un agente en el extranjero, o el que, más conservador, no deseaba poner en peligro una tarea concreta y actual, por otra problemática y futura.

Al final, hubo un comentario lleno de escepticismo:

—Imaginemos que todo se hace como usted dice, señor. Que Chad Donovan deja su actual trabajo en Oriente Medio y vuelve a los

Estados Unidos para la misión prevista. Imaginemos también que nada sucede, y él pierde lastimosamente su tiempo, al igual que nosotros el nuestro. ¿Se habrá ganado algo con todo ello?

—Posiblemente no —el alto jefe federal se encogió de hombros, arrugando el ceño—. Pero se habrá intentado, cuando menos. Particularmente, por otro lado, soy de la creencia que sí va a suceder algo en cuanto vuelva Donovan al país... y se case con esa bella joven.

—Casarse... —resopló el otro—. ¡Cielos, dejar la tarea de Oriente Medio sólo para casarse y emprender una luna de miel! ¿No cree, señor, que en el Gobierno van a pensar que estamos locos?

—Deje que lo piensen. Lo importante es que no lo piensen los adversarios. Ellos deben de creer de buena fe que el agente Chad Donovan ha regresado a su país a disfrutar de unas merecidas vacaciones. Vacaciones que, por cierto, le permitirán contraer matrimonio con la mujer amada... y realizar su viaje de novios, antes de reintegrarse a sus tareas como agente especial de la División de Seguridad Nacional del FBI.

—La mujer amada... —repitió su interlocutor, abstraído, sacudiendo la cabeza. Había cierta nota de sarcasmo en su voz—. Cielos, cada vez entiendo menos todo esto. ¿Qué pretexto daremos para que Donovan regrese, dejando todo abandonado?

—Digamos que... motivos de salud.

—¿Salud? ¡Ese hombre es un roble! Su salud es a toda prueba, y ello salta a la vista...

—Lo sé. Haremos algo mejor que fingir una enfermedad. Eso no siempre resulta fácil ni convincente para el enemigo. No hay la menor duda sobre el hecho de que los agentes de otras potencias saben perfectamente quién es Chad Donovan. Hay que engañarles pretextando algo persuasivo.

—¿Cómo qué?

—Como... un accidente.

—¿Un accidente? —Se sobresaltó su interlocutor.

—Sí, inspector Alden. Un accidente. Otro agente nuestro le atropellará. Lo hemos hecho otras veces. Pasará a una clínica particular. Desde allí, con el correspondiente certificado médico, con unas lesiones aparentes que convenzan, e incluso con una serie de radiografías que parecerán legítimas, por si alguien indaga en los

archivos médicos de la clínica israelí, nuestro hombre regresará a los Estados Unidos con un mes de permiso. El mes que necesita para casarse... y para su luna de miel, inspector.

—Exacto. Para casarse... con una traidora, señor.

—Sí —sonrió fríamente el alto jefe federal—. Chad Donovan va a casarse con una enemiga nuestra y de su país. Con una traidora, como usted dijo. Ése es sólo el principio de su misión...

* * *

Chad Donovan no pudo hacer nada por evitar el accidente.

El automóvil se le vino encima, salvando el bordillo de la acera inesperadamente, lanzándole contra una vidriera comercial, y provocando la alarma en todo el centro de la capital israelita.

Un conductor gesticulante y furioso saltó del vehículo, protestando y lamentándose e incluso queriendo señalar al atropellado como responsable del suceso. Un par de agentes de circulación corrieron hacia el chófer charlatán, y una mujer israelita, de uniforme militar y expresión serena, se apresuró a retener al chófer, a la espera de las autoridades urbanas.

Chad Donovan, ciudadano norteamericano, yacía entretanto en la acera, entre un verdadero alud de vidrios rotos, ensangrentado el rostro, el brazo y también el pantalón, que aparecía rasgado a la altura del muslo derecho.

Los agentes de tráfico se hicieron inmediatamente cargo del suceso, requiriendo la presencia de una ambulancia y de un par de coches patrulla. El herido fue pronto conducido en camilla a un vehículo sanitario, que partió haciendo ulular su sirena.

El conductor culpable del atropello fue conducida por los agentes israelitas hacia la más cercana oficina de policía urbana, para prestar declaración sobre los hechos. El hombre no cesaba de gesticular y protestar, pero todo ello no parecía servirle de gran cosa ante la firmeza de las autoridades de Tel Aviv.

Poco después, otro vehículo se ocupaba de recoger los vidrios pulverizados en que se había convertido el escaparate comercial, hiriendo con sus agudas aristas al norteamericano víctima del suceso.

Nadie, alrededor, quizá ni el más astuto de los observadores, pudo

llegar a advertir que aquellos vidrios no podían herir a nadie, por agudo que fuese su aspecto afilado. Por la sencilla razón de que no era una vidriera normal, sino un material cristalino, sin auténticas aristas ni filo, como el vidrio irrompible, aunque sí fingiéndolo todo como el más normal de los vidrios.

Aquella vidriera, cambiada durante la noche, de acuerdo con los propietarios del establecimiento, había formado parte de la farsa montada por unos ciudadanos norteamericanos de evidente influencia en Tel Aviv, cuya real ocupación era servir leal y oscuramente al Gobierno federal de los Estados Unidos.

Oficialmente, Chad Donovan, turista norteamericano en Tel Aviv, conforme indicaba su pasaporte, estaba seriamente herido a causa del accidente.

Y eso era algo que muy pronto tenían que saber forzosamente otras personas en Tel Aviv. Personas que serían informadas por un testigo presencial del accidente en las proximidades de Bialik House Museum, en pleno centro de la capital judía.

Ese testigo presencial era una mujer.

Una mujer cuyos oscuros ojos de israelita habían contemplado muy de cerca el suceso, hasta sus últimas consecuencias.

Una hermosa mujer que se apresuró a detener un taxi, dándole una dirección en las afueras de Tel Aviv, al sur de la ciudad, cerca de la carretera a Jerusalén.

* * *

—Chad Donovan... ¿Malherido dices?

—Es lo que parecía. Pero estoy segura de que hubo gato encerrado en ese accidente.

—Yo también —asintió el hombre gordinflón, de traje color crudo, de hilo, y barbita recortada, en su rostro redondo, cetrino y malicioso—. Es demasiado casual para resultar legítimo, querida Hayda.

La hermosa Hayda sonrió con su boca carnosa, plena de sensualidad, y asintió despacio, moviendo con energía su cabeza de largo y sedoso cabello oscuro.

—Es lo que pensé, Hakim —declaró—. Demasiado casual. Apparentemente, estaba herido. Pero no podemos fiarnos. Y menos

ahora...

—Estábamos esperando algo relacionado con Donovan —suspiró el hombre gordinflón y afable llamado Hakim, paseando por su fresca residencia rodeada de jardines con rumorosos cursos de agua canalizada, en una de las zonas antiguamente más áridas e inhóspitas del cálido sur suburbano de Tel Aviv—. Y ha ocurrido.

—Sí. Ha ocurrido —los ojos negros y ardientes de Hayda relampaguearon. Su cuerpo exuberante y moreno tembló con una especial excitación—. Eso puede significar que Chad Donovan regrese a los Estados Unidos...

—Y que se case —convino apaciblemente Hakim, entornando malévolamente los ojillos estrechos y oscuros.

—Sí —la expresión de Hayda fue reveladora—. Casarse... La Organización no quiere eso, ¿verdad?

—No. No ahora. Antes era una gran cosa seducir y atraer a Chad Donovan a las dulces redes del amor. Ahora sabemos que no es ésa la solución idónea, ni mucho menos.

—Podrían alterarse los planes. No es absolutamente preciso que se case..., si ella no desea hacerlo.

—¿La novia? —Hakim rió entre dientes—. Mi querida Hayda, a veces eres terriblemente ingenua. En una mujer inteligente como tú, eso no puede aceptarse. Has de comprender que si ella anulase el compromiso y la boda no se celebrara, su misión quedaría completamente nula y, muy posiblemente, el FBI cayera sobre ella implacablemente. Eso no conviene en absoluto a la Organización.

—Entonces, ¿qué solución existe?

—La boda, Hayda. La boda.

—Pero... ¡pero el FBI en estos momentos sabe que la prometida de Chad Donovan es una enemiga de los Estados Unidos! —protestó Hayda vivamente.

—Claro que lo sabe —suspiró el hombre gordo, paseando su rolliza humanidad por la sala porticada, de aire oriental, deteniéndose al fin junto a una fuente central, de la que manaba un chorrito de agua rumorosa, iluminada por una luz cambiante, que teñía de azul, verde, ámbar o rosa el pequeño surtidor. Se apoyó en la pila redonda, de mármol rosado, y añadió con parsimonia, utilizando su otra mano, gordezuela y enjoyada, de tez oscura, en acariciar su negra barbita recortada—: Pero, pese a todo, ellos deben casarse.

—¿Ha sido informado Donovan de que su prometida es una traidora a Norteamérica?

—No. Aún no. El FBI ha de informarle en breve, según mis informes personales sobre esa cuestión. Y él, pese a lo que pueda pensar personalmente, deberá casarse con ella. Es más: será obligado a esa boda, le guste o no tener por esposa a una enemiga.

—Extraña jugada la del FBI norteamericano, ¿no? —meditó la bella Hayda en voz alta.

—Extraña y habilidosa. Si esto fuese una partida de ajedrez, y en cierto modo lo es, aunque el tablero sea el mundo entero, y las piezas estén hechas de carne y hueso, yo diría que nosotros iniciamos un simple juego tranquilo, una apertura de «giuoco piano», a la que ellos responden jugando en el mismo estilo, tranquilamente, pero sacrificando una de sus piezas: su alfil, quizá. Es decir. Chad Donovan. Yo calificaría ese sacrificio apacible como un auténtico «gambito de Evans»[1].

—No me gusta el ajedrez —confesó Hayda, encogiéndose de hombros con disgusto—. Es demasiado complicado. Pero veo que tú, Hakim, sigues siempre obsesionado por él.

Y la hermosa israelita contempló con desagrado incluso el suelo embaldosado en negro y blanco, a cuadros, sobre el que pisaban sus babuchas doradas. Hakim rió entre dientes, encaminándose al muro, en una de cuyas iluminadas hornacinas se alineaban las figuras en jade y en marfil de un ajedrez de lujo, auténtica filigrana sobre tablero de marfil y ébano, representando las dos fuerzas combatientes del bello juego, en tonos verde y marfileño. Golpeó Hakim el vidrio que separaba aquel juego afiligranado, y comentó, risueñamente:

—Sin embargo, es un juego altamente instructivo para la lucha. Es una batalla sorda, fría y despiadada entre dos fuerzas idénticas. El cerebro, la agudeza mental, la capacidad de reacción y, sobre todo, la imaginación misma del hombre, son las armas vitales del juego, unidas a un total dominio de los nervios. Me gusta el ajedrez. Y aprendo de él muchas cosas que también dan resultado positivo en el tablero de la vida. Por otro lado, sé que a Chad Donovan también le gusta ese juego. Y a su jefe del FBI, el inspector Alden, de Washington. Juegan habitualmente largas partidas. Donovan es un buen jugador. Y eso va a ser un problema para nosotros, en el

futuro.

—No veo por qué, si tan buen jugador te crees tú —comentó con ironía Hayda.

—No hablo de mí, sino de él. De Donovan —sacudió la cabeza, pensativo—. No lo entenderías bien, Hayda, pero a nuestra jugada, realmente ajedrecística, de ponerle a Chad Donovan una novia enemiga, de la que se enamorase locamente, como así sucedió, ellos han dado inmediata réplica, aceptando esa boda, incluso a sabiendas de quién es ella y lo que se propone. Es decir: de no habernos enterado nosotros, en la tercera jugada sobre el tablero, de lo que ellos saben exactamente, hubiéramos cometido la mayor de las torpezas, sacrificando nuestra dama estúpidamente, y dándole así el mate casi seguro al adversario.

—Y ahora que sabemos ese factor, ¿cuál será la «tercera jugada»? —Siguió Hayda, incluso a regañadientes, el símil ajedrecístico.

—Exactamente la que hemos decidido: aceptar esa boda. Dejar que Chad Donovan vuelva a los Estados Unidos, como ha calculado y previsto el FBI, y que se case con su enemiga, para tratar de llegar al fondo del complot.

—No le veo muy bien la ventaja a esa jugada. Es sacrificarlo todo al simple azar, ¿no crees, Hakim? Y para un apasionado del ajedrez..., no sería demasiado bueno confiar en el azar.

—El azar no existe en ajedrez —cortó secamente Hakim—. Sólo una buena o una mala jugada, querida.

—Y... ¿cómo es tu jugada actual, Hakim?

—Excelente, Hayda. Yo diría que... genial —rió entre dientes el hombre de rostro oscuro, rollizo y malévolo.

Luego, su larga, suave risa, fue como un irónico subrayado a sus enigmáticas palabras.

Hayda se creyó obligada a preguntar, con cierto escepticismo:

—Y esa jugada... ¿en qué consistirá, exactamente?

La respuesta de Hakim fue desconcertante incluso para ella:

—En principio..., en matar a Chad Donovan —dijo.

CAPÍTULO II

No fue demasiado difícil matar a Chad Donovan.

La habitación 112 de la Residencia Sanitaria Mediterráneo, enfrentada al horizonte azul de ese mar, estaba situada en el primer piso, y vigilada por dos hombres con aspecto de policías israelíes y atavío de enfermeros. Pero, en realidad, ambos eran agentes especiales de una ramificación del FBI en el extranjero, pertenecientes a su Departamento de Asuntos de Ultramar, división de Seguridad Nacional.

Los dos tenían por única misión proteger al hombre internado en la clínica, contra cualquier clase de peligro posible. Y los dos conocían su trabajo. Por eso habían sido elegidos para él.

A pesar de ello, Chad Donovan, agente NZ22, conforme a su ficha en clave dentro de la Seguridad Nacional, fue asesinado aquel día en el caluroso atardecer de Tel Aviv.

Y no resultó excesivamente complicado para sus asesinos, aunque sí costó sangre, trabajo y, naturalmente, vidas humanas...

Todo comenzó con un aviso de emergencia de los quirófanos de la planta inferior. Dos médicos, dos enfermeras y tres sanitarios corrieron a atender a dos ambulancias que venían con seis heridos en un choque de automóviles en la ruta de Haifa. Dos de ellos, según el informe emitido por los altavoces de la clínica, venían en estado de coma, y no se esperaba que sobreviviesen. Los otros cuatro, ofrecían diversa gravedad en sus heridas.

Los cuidadores de Chad Donovan se quedaron arriba, en la primera planta. Uno paseaba delante de la puerta esmaltada de blanco, con las tres cifras doradas sobre la madera: un uno, otro uno, un dos...

Transcurrieron unos minutos. No más de diez o doce. Todo estuvo tranquilo entretanto. Después...

Después, sucedió todo.

Empezó sencillamente. De otro modo, quizá no hubiera pasado.

Se abrieron las puertas de uno de los ascensores de servicio sanitario. El vigilante de piel morena que paseaba se volvió, rápido, para escudriñar a los que venían.

Eran tres. Pero uno de ellos aparecía cubierto por una sábana, en una camilla conducida por los otros dos enfermeros, sobre ruedas. Se relajó el vigilante, que cambió una mirada con su compañero sentado. Éste había apoyado la mano en el bolsillo de su blanca bata, sobre la culata de su arma de fuego. También su compañero. Pero ambos la retiraron al informar escuetamente uno de los enfermeros, con tono de urgencia:

—Pronto, muchachos, nos envían de la sala de emergencia dos. Habitación ciento quince. Este herido debe ser hospitalizado inmediatamente. Ahora subirá a verle el doctor Mayer.

—Sí, conforme —aceptó el vigilante federal. Señaló al fondo—. Aquélla es la ciento quince, creo. Nosotros no somos internos de este establecimiento. ¿Y vosotros?

—No —negó el otro, inclinándose para tomar de nuevo la camilla—. Venimos del centro sanitario Los Cedros. Está al completo, y esto urge...

Pero, mientras hablaba, tiraba de la sábana. Debajo de ésta saltó un hombre armado con una formidable «Luger *Parabellum*» del nueve largo, provista de silenciador. También el que se inclinara se alzó ahora, con una pistola automática

«Smith & Wesson»,

calibre 38, con el largo tubo negro del silenciador prolongando el cañón del arma. Y el tercer hombre, el otro sanitario, no fue menos. Tres armas de fuego silenciosas apuntaron durante un segundo o dos a los agentes federales norteamericanos, desplazados a Tel Aviv como supuestos enfermeros israelíes, para su servicio de protección en torno a Chad Donovan, agente NZ22 del FBI.

Gritó roncamente el primero, y se incorporó de un salto el segundo, intentando defenderse con rápido movimiento de su brazo hacia el arma guardada en su bata.

Las armas de los tres hombres recién llegados despidieron llamaradas lívidas, con un áspero, seco chasquido parecido al descorche de unas pocas botellas de espumoso. Hubo tres impactos sordos, tres taponazos ahogados en la calma aséptica del blanco corredor.

Los agentes federales recibieron las balas en puntos vitales de sus cuerpos. Cayeron, dando volteretas en el suelo de brillante embaldosado. Allí fueron fríamente rematados por las balas

silenciosas de las armas enemigas.

Luego, se hizo el silencio absoluto.

Yacían dos cadáveres en el corredor. Los tres hombres, aquel que se fingiera malherido en la camilla y sus dos acompañantes, se miraron entre sí. Avanzaron luego, arma en mano, hacia la puerta 112.

Cuando la empujaron, tras saltar sobre los hombres muertos, de cuyos orificios de bala escapaba la sangre, corriendo en reguero escarlata por el corredor, el agente federal allí internado estaba erguido en el lecho, mirando preocupado hacia la puerta de acceso a su habitación. Sin duda, había captado ruido, alguna voz, acaso los secos golpes de los disparos ahogados por los silenciadores.

Al ver a sus enemigos, lanzó una imprecación, tiró a un lado la almohada, y empuñó con facilidad una automática oculta debajo, disparando rápido sobre ellos.

Uno de sus enemigos saltó atrás, como golpeado por un martillazo brutal, y en su rostro se pintó por un momento el estupor, antes de que el rojo violento de la sangre corriera por él, inundándolo desde el boquete abierto entre las cejas, para borrar todo en un simple manchón escarlata y feo.

Los otros dos tuvieron tiempo de disparar, aunque poco.

Sus balas silenciosas, entre asfixiados, roncós «ploc, ploc, ploc», saltaron de los cañones de aquellas pistolas hacia el cuerpo enjuto, fibroso y elástico del hombre que, pese a las supuestas heridas, brincaba ya sobre el lecho, disparando también sobre ellos dos con ferocidad.

Chad Donovan alcanzó a ambos, incluso mientras recibían el aluvión de balas. Mató a su segundo enemigo, y dejó malherido al tercero, cuando le alcanzó en el costado y el hombro, lanzándole contra la blanca pared, en la que dejó manchones escarlata, de un tono violento.

A cambio de ello, él también resultó herido. Una de aquellas balas tocó su corazón o se alojó muy cerca. Otra, se alojó en su torso. Cuando cayó, tambaleante, tosía y escupía sangre. Al tocar el suelo, ya ni siquiera tosía. Parecía un simple cadáver.

El tercer agresor, herido, y después de los estampidos del arma automática de Chad Donovan, no tuvo ocasión sino de salir al corredor exterior e intentar la fuga por la ventana trasera del

mismo.

Le faltaron las fuerzas. Jadeó, cayendo de rodillas, impotente pese a la proximidad de aquella ventana y su fácil acceso a un patio posterior del hospital privado. Luego, se fue de bruces, golpeándose secamente en el suelo. Y ya no se movió, pese a que emitía leves jadeos y su cuerpo se agitaba en espasmos dolorosos.

Así le encontraron los auténticos enfermeros y médicos de la Residencia Sanitaria Mediterráneo, cuando alcanzaron la primera planta del edificio. Rodearon unos al herido, otros corrieron hacia la habitación ciento quince...

—Es tarde... —musitó uno de ellos, ahogadamente—. Está agonizando. Asesinaron al americano...

Volvieron hacia el herido, a quien ya tendían en la abandonada camilla de los asesinos. Un enfermero corrió a avisar a la policía. Querían, cuando menos, salvar al herido para saber algo sobre el reciente atentado.

Luego, ya en el ascensor, uno de los médicos se inclinó sobre el herido, cuya beatífica expresión le sorprendió, dada la gravedad y dolor profundo de sus heridas.

—Otra vez tarde —masculló, con ira—. Ha muerto.

—¡Imposible! —rechazó otro médico—. Esas heridas no son mortales. Perdió poca sangre...

—Mira sus labios —dijo el que hablara primero, los miró el otro. Espumeaban levemente. Estaban violáceos. El rostro tenso, extraño. Entendieron todos. Se miraron entre sí. Alguien dijo la palabra:

—Veneno...

* * *

—¡Veneno! Eso fue... Veneno. Se mató el herido. Ingirió una cápsula de tóxico muy rápido, que llevaba en la boca, fingiendo ser una muela artificial.

El inspector Alden no dijo nada. Paseó por la estancia, meditativo. Se detuvo, al fin, arrugando el ceño, y volvió hacia donde estaba el director Belknap, de Divisiones Internacionales Federales.

—Es lo que acostumbran hacer los comandos suicidas de cualquier potencia, en misiones de gran importancia —declaró secamente.

—Conforme, sí. ¿Era de gran importancia, entonces, matar a Chad

Donovan?

—Evidentemente, lo era.

—Eso quiere decir que descubrieron nuestro plan. Que temían a Donovan por alguna razón...

—No lo sé. No se puede estar seguro de nada. Los asesinos han sido identificados en cuanto a su nacionalidad y, en apariencia, no dan en absoluto la impresión de ser de organización alguna relacionada con nosotros directamente, o con la futura misión que pensábamos asignar a Donovan. Es más: ellos hubiesen preferido que Donovan fuese el esposo de esa hermosa agente suya...

—¿Entonces...?

—Los asesinos eran de nacionalidad árabe. Es evidente que se trata de problemas de tipo político en Oriente Medio. Identificaron a Donovan como agente nuestro, y pensaron que ayudaría a Israel, en vez de ser neutral, como era su papel auténtico. Eso ha motivado su ejecución, por parte de un comando suicida, llegado acaso del Líbano, de Egipto o de Libia.

—Y nuestro problema se queda así en pie —resopló el director Dave Belknap.

—Eso es evidente —convino tristemente su interlocutor, inclinando la cabeza—. A estas horas, Chad Donovan está muerto, sin duda alguna, en el hospital de Tel Aviv...

—¿Cuál fue el último boletín médico respecto a su estado? —se interesó Belknap.

—Pesimista. Las heridas están en su torso. Una roza sus pulmones. Otra bala está alojada cerca de su corazón. Le han conducido al pabellón de urgencia, y cuidan de él tras la intervención quirúrgica en la que le extrajeron los proyectiles. Las heridas han sido cosidas y atendidas convenientemente, y ahora está en coma, bajo la acción de un tratamiento médico adecuado. No esperan que haya novedades, pero todo puede suceder, si la naturaleza del herido responde, aunque eso no parece probable a los médicos israelitas. Ésos son los hechos escuetos, señor.

—Bien, inspector. De todos modos, parece que toda esperanza ha terminado. La novia de Donovan no tendrá esposo. No podrá espiar a un agente del FBI..., pero, a cambio, nosotros tampoco podremos espiarla ya a ella, para descubrir al grupo que se oculta tras de su persona, a quienes la dispusieron para esa jugada.

—Sí. Con la muerte de Chad Donovan todo se ha perdido definitivamente... —admitió el inspector Alden, sombríamente.
—Aún no ha muerto, inspector —le recordó Belknap.
—No, pero es cuestión de horas, quizá de minutos solamente...

* * *

Hakim colgó el teléfono, con un suspiro. Miró, risueño, a Hayda.

—Todo está hecho ya —manifestó con calma.

—¿Todo? —Ella enarcó las cejas, perpleja.

—Sí, todo. Chad Donovan ha dejado de ser un problema para nosotros.

—¿Ha..., ha muerto? —indagó ella.

—Ha muerto —asintió Hakim, risueño, con una leve mueca irónica que curvó sus labios sensuales en una sonrisa perversa.

—¿Te han dado el informe?

—Sí. Directamente el doctor Levin. Ya sabes que es agente nuestro. Y fiel. Estuvo en todo momento junto a Donovan. Esta noche hizo salir a todos del pabellón, cuando observó el estado de coma.

—¿Y...?

—Y el óbito acaba de producirse. Chad Donovan, agente NZ22, ha fallecido a causa de sus heridas de bala.

—Bien. El juego sigue, por lo que veo. —Hayda dirigió una mirada pensativa al tablero de ajedrez iluminado, con sus figuras en jade y marfil—. ¿Cuál es el próximo movimiento de piezas?

—Ese movimiento ya se está haciendo —sonrió glacialmente Hakim, entornando risueño sus ojillos malignos.

—No te entiendo, Hakim.

—Espero que tampoco ellos me entiendan —dijo un ridículo saltito, con su figura pequeña y gordinflona, hacia un cuadro diferente del tablero gigante que era el suelo de su habitación amplia, fresca y suntuosa—. Es una jugada sutil, de maestro. De esas que preparan el jaque mate a distancia... y sin ser advertido, Hayda. Si fueses jugadora de ajedrez, te lo podría referir con mayor detalle, pero así...

—No estoy hablando de ajedrez —cortó ella, con acritud—. Hablo de hombres. De personas y de hechos auténticos, no de tableros y de figuras. Seamos realistas, Hakim. Hablemos de lo que debemos

hablar ambos. De lo que estés preparando. Ahora, muerto Donovan..., ¿qué va a suceder con la novia que no llegará a casarse, y con todo el brillante proyecto de la organización?

—Pues que ese proyecto... se llevará a cabo. Ocurra lo que ocurra.

—No te entiendo, Hakim.

—Eso es importante —rió el hombrecillo de Tel Aviv—. ¿Sabes una cosa? Nadie lo entendería jamás. Es un golpe demasiado genial. En este momento, ese golpe se lleva a cabo en la clínica. Hubo suerte de tener allí a un agente como el doctor Levin. De ocurrir en otro establecimiento sanitario de esta ciudad, hubiera sido preciso un plan diferente. Así, el FBI no va a sospechar absolutamente nada.

—Pero ¿qué es lo que no va a sospechar?

Hakim soltó una breve y sarcástica risita, antes de decir, de modo sorprendente e indescifrable para Hayda o para cualquier otra persona que le hubiese escuchado:

—La verdad, querida. La verdad que se ocultará... cuando, pese a todo lo sucedido..., nuestra agente en los Estados Unidos *se case con Chad Donovan...*, después de morir éste.

* * *

El doctor Levin asintió, tras contemplar una vez más el cadáver rígido de Chad Donovan, tendido en la mesa de operaciones del pabellón de urgencias de la Residencia Sanitaria Mediterráneo.

—Sí —afirmó—. Podéis cerrar el envoltorio. Llevadlo donde nadie pueda dar con él. Y destruid el cadáver. Es imprescindible que nadie, jamás, lo identifique bajo pretexto alguno.

—Sí, entendido, doctor —afirmó uno de los supuestos enfermeros, cerrando la cremallera de aquella especie de saco de dormir, alargado y hermético, de plástico oscuro, donde reposaba ahora el cadáver de Chad Donovan—. En cuanto a los demás detalles de la operación...

—Eso es cosa mía —cortó el doctor Levin, seco—. Vosotros, sacad el cuerpo. Metedlo en la furgoneta y salid inmediatamente de la clínica. Es todo.

Asintió otro de los dos enfermeros de rostro cetrino e inexpresivo. Tomaron entre ambos el envoltorio, y salieron cautelosamente del pabellón por su puerta posterior. La mesa de operaciones quedó

vacía, con la simple sábana, la que cubriera el cadáver, sobre el lugar en que antes estuviera Donovan al morir.

Hubo un zumbido leve en alguna parte. El doctor Levin, preocupado, miró a la puerta de acceso al pabellón. Vio oscilar la luz roja de llamada. Arrugó el ceño. Caminó luego hacia el intercomunicador con el exterior, en la sala anterior a la de esterilización para los quirófanos de emergencia.

Descolgó el micrófono, aplicándolo a sus labios.

—¿Sí? —habló—. Aquí, doctor Levin, de cirugía.

—Soy su colega, el doctor Gold. Quisiera ver al paciente...

—Lo siento, doctor —cortó Levin, rápido—. No es posible.

—¿Cómo? —La voz reveló extrañeza—. ¿Por qué no? Se trata de un moribundo, según creo. Y herido en el tórax. Mi especialidad en cirugía torácica creo que me permite pedirle este favor de colegas, sin que ello signifique para usted una molestia o un...

—No, doctor Gold. No puede ser —repitió Levin—. En el herido se ha experimentado una repentina mejoría. Estoy practicándole transfusiones de sangre y atendiéndole en todo cuanto precisa su estado. Venga dentro de media hora y gustosamente podrá pasar. Soy un poco raro en mis cosas, y prefiero atender a mi paciente como considero adecuado. Gracias de todos modos, doctor Gold.

Y colgó, resoplando luego y enjugándose el sudor con el dorso de una mano. Miró a la luz roja de la entrada. Ya no parpadeaba, como temía. El doctor Gold, aunque a regañadientes, debía haberse conformado con su actitud. Y eso era lo importante ahora.

Impaciente, paseó por el quirófano vacío, en torno a la mesa sin paciente. Rápidamente, destruyó una ficha clínica, supliéndola por otra donde alteró los datos de temperatura, presión sanguínea y reacciones del paciente. Quemó la ficha sobre el recipiente de desperdicios y cubrió las cenizas con algodones, trapos y demás objetos.

Luego consultó de nuevo su reloj de pulsera, con evidente impaciencia. Al fin, la puerta posterior del pabellón se abrió. Rápido, giró la cabeza en esa dirección.

Otros dos enfermeros entraban, ahora trayendo consigo a alguien inerte, envuelto en una sábana. Lo depositaron en silencio sobre la mesa de operaciones.

Rápido, el doctor Levin se inclinó sobre el personaje inmóvil.

Desenvolvió la sábana con cuidado. Estudió el cuerpo semidesnudo. Y las señales de recientes apósitos aplicados, justamente, en los mismos puntos en los que llevaba el cadáver poco antes evacuado de aquel lugar.

Sólo que el hombre de ahora no estaba muerto, aunque dormía profundamente. Tenía señales de inyecciones y de tubos de transfusiones en sus brazos. Rápidamente, Levin le puso un tubo de suero y otro de transfusión de plasma. Controló su presión, su pulso, y examinó sus ojos, alzando los párpados. Cambió una mirada con los dos enfermeros.

—Está muy débil —comentó.

—Sí, doctor —afirmó uno, irónico—. Por lo visto, tenía que ser así. Se le trató adecuadamente para ello...

—Entiendo. —Levin se mordió el labio—. No descuidan detalle...

—Ninguno —rió el otro enfermero—. Ya ve las cicatrices, doctor: las mismas, en los mismos lugares...

Si alzan los apósitos, parecerán intervenciones quirúrgicas profundas.

—Todo igual —susurró el doctor Levin. Clavó sus ojos en la faz tersa del que yacía ahora, respirando pausada y débilmente, sumido en total inconsciencia, bajo el poderoso foco de luz del quirófano de urgencia—. Todo. Incluso el rostro...

Era cierto. Figura, aspecto físico, estado aparente, rostro... Detalle a detalle, aquel hombre tendido ahora en la mesa era la copia exacta de Chad Donovan, el agente federal fallecido minutos antes.

Sólo que *no* era Chad Donovan.

Y que, además, estaba lleno de vida.

CAPÍTULO III

—¡Lleno de vida! Imposible...

—No hay nada imposible para una naturaleza como la suya, mi querida Rachel. Ese hombre es realmente excepcional en lo físico. Ha soportado de maravilla los dos balazos, la pérdida de sangre, las intervenciones quirúrgicas, el estado de coma... Ahora vuelve a estar vivo, fuerte, en plena recuperación. ¡Hemos recuperado a Chad, amiga mía!

Colgó Rachel lentamente el teléfono, tras dar, débil su voz, las gracias por el informe llegado de Tel Aviv. Era un buen amigo el que transmitía la noticia, un funcionario diplomático en la capital de Israel.

Pero ella, pensativa, con las cejas enarcadas, estaba midiendo aquella noticia en su más exacta dimensión. Una rara luz maliciosa asomaba a sus pupilas, profundas e inteligentes, del color gris verdoso de un mar embravecido y borrascoso.

Sabía cuál era la verdad. La única verdad del caso. La que nadie conocía, salvo ella... y la Organización.

Sabía lo sucedido allá, en Tel Aviv, a muchos miles de millas de Nueva York, de su vivienda confortable, de su vida social, de su ambiente cotidiano en Estados Unidos. Sabía que Chad Donovan nunca volvería.

No estaba segura aún sobre sus sentimientos reales. Ignoraba si debía lamentarse o no de que las cosas hubieran ocurrido así. En realidad, el plan había sido genialmente preparado en su principio: ella y Donovan...

La mujer más hermosa de Nueva York, con el hombre clave del FBI en asuntos internacionales. Según los códigos federales, el Agente NZ22. Aquel hombre tenía que ser su esposo. Se había enamorado de ella. Era fácil enamorarse de una mujer como Rachel Winters. Sobre todo, si ella pretendía que se enamorasen. Su exótica, rara belleza, mezcla de mujer americana, de sangre inglesa y asiática en sus venas, por partes iguales, era ya un arma considerable para cualquier maniobra amorosa. Aparte de eso, tenía su inteligencia, su

capacidad personal en cualquier terreno, su astucia de mujer, su sensibilidad, su atractivo...

Chad Donovan, con sus casi dos metros de estatura, su arrogancia, su atractivo viril, su rudeza no exenta de cierta mundana elegancia, su simpatía y su dominio de los más diversos deportes, era siempre un aliciente para cualquier mujer. Más para ella, como miembro de la Organización, que de ninguna otra.

Y ella le había cautivado hasta el punto de lograr el compromiso formal, el matrimonio inminente.

Sólo que...

Ahora, Chad Donovan estaba muerto. Tenía informes concretos de Tel Aviv. Herido de dos balazos, agonizó en el quirófano de urgencia de la Residencia Sanitaria Mediterránea. El cadáver fue trasladado a lugar seguro, en el litoral, quemado en ácido, y sus restos lanzados al mar en un recipiente de plomo que se hundió profundamente en las aguas.

La Organización jamás fallaba en esas cosas. Donovan estaba muerto. Definitivamente eliminado de la lista de los vivos. Y eso el FBI lo ignoraba.

Oficialmente, NZ22 estaba vivo. Había sobrevivido a las heridas gracias a sus poderosas facultades físicas. Se recuperaba, lentamente, en la clínica privada de Tel Aviv. Y, en breve plazo, podría ser trasladado a Estados Unidos. Era el informe del doctor Levin, miembro de la Organización, como tantos otros desplazados a la capital israelita para la llamada «operación Donovan».

De modo que la boda, finalmente, se celebraría. Era decisión de la Organización, y eso bastaba.

Rachel no veía nada particularmente fascinante para ella en el hecho de contraer matrimonio con un falso Chad Donovan. Pero era lo ordenado y había que obedecer. Quien no cumplía las órdenes recibidas era eliminado inmediatamente. Así trabajaba la Organización. Y ella no quería ser eliminada.

Pero la duda persistía en su ánimo. Se preguntaba cuál era la utilidad de tener por esposo a otro miembro de la Organización que, a su vez, se fingía agente federal. La contrafigura, el «doble» elegido por la Organización, iba a suplantar a Chad Donovan. Y ella sería su esposa real. La boda no iba a ser fingida, ciertamente, aunque el otro contrayente no fuese el elegido previamente. Ése

estaba ya muerto. Y desaparecido para siempre.

Había llegado a sentir algo por Chad, estaba segura de eso. Ella era agente al servicio de alguien, pero era también, sobre todo, mujer. Eso influyó en sus sentimientos, sin duda. Era fácil amar a un hombre como Donovan. Tendría que olvidarse de eso. Aunque el hombre ahora enviado se pareciese mucho... no sería Chad Donovan. Era la idea a la que debía de acostumbrarse.

—Cierto que, al descubrir el FBI que yo soy agente enemigo, aunque carezca de pruebas contra mí, se malograba todo lo hecho, y Donovan dejaba de tener valor para nosotros, ya que en vez de espiado por mí, sería un espía junto a mí —se dijo entre dientes ella, paseando por el suntuoso gabinete, con un cigarrillo de boquilla plateada entre sus labios suavemente rojos y suavemente carnosos. Alrededor de su cuerpo, esbelto pero dotado de sugestivas curvas, flotaban los pliegues de su bata suave, sedosa, translúcida, permitiendo dibujar la rotundidad de sus senos enhiestos, la voluptuosa forma de sus caderas y nalgas, la longitud de sus bien formadas piernas. Se tendió en un sofá de rojo tapizado de piel charolada, y conectó un tocadiscos, con música suave, con un simple golpe de sus dedos largos y sensitivos sobre los mandos del aparato.

Así habían ocurrido las cosas, después de todo. Chad Donovan sabía que ella era un agente enemigo, o lo sabría casi de modo inmediato. Se dedicaría a vigilarla y a espiar su vida y sus actos, mientras fingía ser él quien resultaba objeto de un minucioso espionaje por parte de ella.

Eso estuvo a punto de suceder, de no haber sido por la astucia de Hakim; uno de los grandes dirigentes de la Organización. Ahora, la baza se había vuelto en contra del FBI, aunque ellos lo ignorasen. Un hombre volvería, ciertamente, a Estados Unidos, como Chad Donovan. Pero no sería él, sino el perfecto «sosias» buscado por la Organización.

De ese modo, la jugada del FBI se volvía contra ellos. Nadie, en el organismo federal, debía sospechar del suplantador. Así, éste fingiría espiarla mientras, a su vez, espiaba al FBI y descubría su juego oculto, detalle a detalle.

—No se puede negar que Hakim sabe lo que se hace —suspiró suavemente Rachel, moviendo su cabeza platinada, con aire

pensativo. Los ojos rasgados, levemente oblicuos por el origen materno, herencia oriental del lejano Hong Kong, se entornaron calculadores. Exhaló humo de su cigarrillo sofisticado, y añadió para sí, en la quietud apacible de su gabinete, asomado a la Quinta Avenida neoyorquina—: Pero, naturalmente, detrás de Hakim está siempre la fuerza oculta que mueve todos los hilos. El cerebro privilegiado del Monarca...

* * *

El Monarca.

Curioso y extraño nombre: el Monarca... Uno podía pensar en un rey exiliado, o cosa parecida. Y, sin embargo, no era así.

Se trataba, ciertamente, de un auténtico monarca reinante. Al menos en sentido relativo, claro estaba.

Stuart Dyker pensaba en eso mientras el reactor sobrevolaba el Atlántico, dejando ya muy atrás Europa, rumbo a los Estados Unidos de América. Y lo pensaba sin que por ello dejase de escuchar atentamente las palabras de su interlocutor en aquel viaje desde Oriente Medio, el afable pero astuto y observador inspector Alden, de la Oficina Federal de Investigación.

Ambos hombres ocupaban asientos vecinos en el reactor. Éste remontaba majestuosamente las blancas nubes, sobre el inmenso azul espejeante, en el que, de vez en cuando, se reflejaba la silueta del aparato. Las palabras últimas de Alden sonaban en sus oídos, sin que por ello se interrumpiese el hilo de sus más íntimos pensamientos:

—... Y, pese a todo, el atentado en esa clínica no ha hecho sino dar mayor verosimilitud a nuestros planes, amigo mío. Ahora es seguro que nadie va a sospechar por el hecho de que a Chad Donovan le concedan unas bien merecidas vacaciones de un mes o mes y medio. Reposo clínico, boda, luna de miel... En fin, todo ello tendrá cabida en ese espacio de tiempo. Casi, casi deja de ser un pretexto, para convertirse en una necesidad real.

—Ya le dije, inspector, que me encuentro bien de mis heridas —declaró con cierta sequedad el falso Chad Donovan—. Podría seguir mi trabajo, si así conviniese a la Oficina Federal, palabra.

—Pero a la Oficina Federal no le conviene que las cosas sean así —

rió entre dientes el inspector Morris Alden, mirando distraído hacia el paisaje aéreo, a través de la ventanilla—. En suma: usted va a disfrutar de ese permiso, le guste o no.

—Entiendo —suspiró Stuart Dyker—. Debo acatar una orden. Esta vez, la orden es disfrutar de vacaciones.

—Exacto.

—Y casarme.

—Sí.

—Supongo que... con Rachel Winters.

—Exacto. Con Rachel Winters, hija del ciudadano británico Dennis Winters y de la ciudadana china Mai Tai, nacionalizada británica en Hong Kong. Con su prometida oficial, Chad.

—Creí que la boda de un hombre era problema personal e íntimo, no de jurisdicción federal —observó Dyker con sarcasmo, perfecto en su papel de Donovan.

—Por una vez, no lo es. Su boda con Rachel Winters es otra orden federal, Chad. Y usted lo sabe.

—Claro. Yo lo sé. Acabo de enterarme. Me voy a casar con... una traidora.

—Suenas duro, pero es la cruda realidad —admitió Alden, seco—. Rachel Winters es ciudadana norteamericana ahora, por nacionalización posterior. Como americana, debe fidelidad a su país y a su bandera, pero no es ése el caso. Está probado, Chad, usted lo sabe. En vez de rechazarla, sin embargo, su obligación es casarse con ella.

—Para que el espionado se haga espía —replicó, hosco, el supuesto agente federal NZ22.

—Eso es. Debe fingir en todo momento que ignora su condición de enemigo, y espiar sus actos y movimientos. Podríamos capturar ahora mismo a esa hermosa dama, pero no nos conviene en absoluto. Es la Organización la que importa. Y, con ella, su jefe.

—El Monarca —sonrió el falso Donovan.

—Eso es: el Monarca. O el Rey, si quiere llamarlo en puros términos ajedrecísticos. Si esto es una partida en toda regla, como parece, digamos que estamos intentando secretamente un jaque al rey. Con mate, a ser posible, dentro de algunas jugadas.

—Entiendo. El Monarca... y la Organización *Chess*[2]. Todo parece tener un sentido, ¿no?

—Puede que lo tenga, pero lo desconocemos. La Organización utiliza ese nombre en clave. Ésta ha dado en llamarse, por el FBI, la «Operación Ajedrez», y el Monarca es nuestro objetivo. En realidad, se trata del vulgar jefe de un *gang* internacional al servicio de alguien. Los informes de nuestros confidentes nos hablan de una peligrosa asociación de alcance mundial, que usa al globo entero por tablero de su juego mortífero. Hemos sabido que, en clave, le llamaban a usted, precisamente, «El Alfil», Chad.

—El Alfil... —rió Stuart Dyker, bajo su personalidad ficticia de Chad Donovan—. No creo que yo tenga mucho de religioso [3]. Pero aceptando esas definiciones, ¿qué clase de juego estamos llevando a cabo, inspector? Usted sabe que me apasiona el ajedrez, y me intriga y divierte que nuestros enemigos utilicen semejantes comparaciones.

—Lo sé, Chad. Yo diría que hemos aceptado un «gambito», y al sacrificio de su Dama, oponemos el de nuestro Alfil —rió entre dientes a su vez el inspector—. Con ello, entramos en una partida posiblemente virulenta, tras una apertura amable, casi rutinaria. A partir de ahora, es posible que los sacrificios de piezas aumenten, Chad.

—De modo que el Monarca es, sencillamente, un jefe de banda —comentó el falso Donovan—. Sólo eso, pese a su nombre rimbombante.

—Sólo eso. Pero el jefe más cruel, astuto y peligroso que pueda uno imaginarse. La Organización Ajedrez es un riesgo para todos. Ahora está sirviendo a una potencia, pero a ¿cuál? Resulta difícil saberlo, con semejantes mercenarios internacionales.

—Y Rachel sirve a la Organización —declaró con dolor aparente el «sosias» de Donovan, entornando los ojos.

—Exacto. Ella trabaja directamente para el Monarca. Es quien puede llevarnos hasta él, Chad, amigo mío. En usted confiamos ahora. Su misión va a ser dura, difícil y erizada de peligros. Además, quizá rompa su sensibilidad de hombre enamorado. Pero recuerde: que jamás, bajo pretexto alguno, su corazón llegue a traicionarle, por mucho que sea lo que sienta por esa mujer. Ella no vacilaría un solo instante, llegado el caso, en deshacerse de usted, incluso brutalmente, eliminándolo en el acto.

—No es agradable saber algo así de la mujer amada —se lamentó

Dyker.

—No, no lo es. Pero me atengo estrictamente a la verdad. Ella recibe órdenes del Monarca. Y el Monarca le ha ordenado utilizarlo a usted como instrumento su favor, Chad..., o matarle. Sobre eso, no tenemos duda alguna.

* * *

Hubo un largo silencio a bordo del reactor. Solamente el estruendo de las turbinas, en pleno vuelo, penetraba en su larga hilera de asientos de pasaje, a medida que sobrevolaban el Atlántico, cada vez más cerca del litoral norteamericano.

Stuart Dyker no hablaba. Pero sí meditaba profundamente sobre cuanto hablaran en vuelo él y el inspector Morris Alden, del FBI, desplazado a Tel Aviv exclusivamente para acompañarle en el vuelo de regreso a Estados Unidos.

Esperaba que Alden nunca penetrase en sus pensamientos. Eso hubiera significado para Stuart Dyker el fin de su misión, como agente de la Organización Ajedrez.

Él no era Donovan. Nunca lo había sido. Sencillamente, su estatura y contextura física eran idénticas. El rostro actual era un simple resultado de cirugía plástica a manos de un genio de esa especialidad. Diversas operaciones terminaron por dar a su rostro el mismo aspecto, expresión y rasgos faciales del de Chad Donovan, asesinado en Tel Aviv por otros agentes de *Chess*.

Lo demás, producto minucioso de laboratorio, de estudio de educación especializada, en centros de adiestramiento propios del caso: su voz, sus gestos, sus ademanes, copiados en su totalidad de Chad Donovan. Películas tomadas secretamente por agentes de la Organización, en Tel Aviv y otros puntos, sirvieron de referencia, pasadas cientos de veces, para la copia exacta del individuo elegido. Grabaciones de su voz, en los más insólitos lugares, análisis de sus amistades, costumbres, hábitos, pequeños vicios, rutinas y todo lo que constituía la personalidad misma de Chad Donovan, habían sido los recursos de la Organización para ir creando, paulatinamente, un Chad Donovan duplicado, exacto, casi imposible de distinguir junto al auténtico, de haber sido eso posible.

Sólo que el auténtico, tras el baño de ácido, había sido enviado al

fondo del Mediterráneo. Y ahora, Stuart Dyker, simple mercenario al servicio de la Organización, ocupaba el puesto de Chad Donovan. Con ello, pensó, debía olvidarse para siempre de que él era Stuart Dyker. Y pensar solamente algo fijo, obsesivo, convincente: «Yo soy Chad Donovan... Yo soy Chad Donovan... YO SOY CHAD DONOVAN...».

Y así era ya. Él era Chad Donovan. Eso bastaba. Eso quería la Organización.

Se casaría con Rachel Winters. El FBI creería que había hecho una gran jugada, pero no comprendería que ése era su mayor fracaso, el principio de un auténtico jaque mate a la estructura misma de la Oficina Federal.

Nadie sospechaba nada. Nadie podía imaginar fraude alguno. Oficialmente, para el FBI, Donovan estuvo malherido, en estado de coma. Se le operó, y sanó, gracias a su naturaleza privilegiada. Ahora, con las supuestas cicatrices de la doble operación —en realidad dos perfectas copias, dos incisiones superficiales, pero que ni un cirujano desenmascararía—, regresaba a Estados Unidos.

Era Chad Donovan. Se iba a casar con una cómplice suya, con otro miembro de la Organización. Pero eso, solamente ellos dos y la propia Organización lo sabrían. Todos los planes, todos los proyectos, todo el juego de habilidad del FBI, era como irse golpeando a sí mismos.

La farsa resultaba. Él era un gran actor. Además, se sabía su papel. Mientras no diera un paso en falso, el FBI creería de buena fe en su identidad. Y en esas circunstancias no iban a dedicarse a hacerle exhaustivos interrogatorios, a examinar sus huellas dactilares o cosa parecida.

Sencillamente, él seguía siendo Chad Donovan, y nadie sospechaba de una suplantación de personalidad. De él dependía que siguieran sin sospecharlo.

Y no lo sospecharían.

«Soy Chad Donovan —se repitió mentalmente—. Esto es como un “ataque Max Lange”...» [4].

La idea le hizo gracia, pero su rostro continuó inexpresivo. Sí. Iba a ser una partida de astucia y de ingenio, de habilidad y de audacia, sumamente apasionante. El también dominaba el ajedrez, como lo dominaba Hakim, o el Monarca... o el propio Chad Donovan, el

difunto Agente NZ22 del FBI...

Y la jugada siguiente iba a ser digna de analizar sobre el tablero de la propia vida, moviéndose en él las piezas de carne y hueso que eran los seres humanos de dos grupos en lucha sorda y despiadada.

Una jugada que comenzaría con su boda en Nueva York, con la hermosa Rachel Winters, la que fuera novia del auténtico Donovan...

SEGUNDA PARTE

ENROQUE

CAPÍTULO PRIMERO

—Felicidades, querida.

—Felicidades, mi amor.

Se besaron los dos. Sus cuerpos se fundieron en un fuerte abrazo. Luego fueron sus bocas las que volvieron a encontrarse, en un largo contacto. Salieron de la capilla. Hubo lluvia de arroz hasta el automóvil. Y gritos joviales dirigidos a la novia y al novio.

Después, el automóvil partió velozmente, llevando dentro a la joven pareja de recién casados.

El último en agitar la mano, saludándoles cordialmente desde la portezuela, al cerrarla con fuerza, fue el inspector Morris Alden, del FBI. Se alejaron los dos jóvenes, en el coche conducido por el hombre que decía ser Chad Donovan.

—Bueno —suspiró a su lado Rachel, mirándole—. Ya estamos casados, Chad, mi amor.

El giró la cabeza. La contempló pensativo. Sacudió la cabeza, irónico.

—Sí —convino—. Ya estamos casados. Suena raro, ¿no?

—¿Raro? —Ella enarcó las cejas. Sus exóticos ojos rasgados centellearon—. ¿Qué es lo que suena raro?

—Tú lo sabes bien, Rachel. Eso de... de «Chad», digamos.

Hubo un silencio. Ella miró en torno. Puso un dedo en los labios carnosos.

—Siempre serás Chad, esposo mío —dijo, con un destello significativo en sus ojos—. ¿Por qué ha de sonarte raro?

El soltó una breve y seca carcajada. Meneó la cabeza.

—No, querida —dijo—. No necesitas seguir fingiendo aquí dentro. No hay micrófonos, si es eso lo que temes. Lo he comprobado minuciosamente antes. Tengo un pequeño detector de aparatos electrónicos de cualquier tipo. Nadie nos espía ahora.

Rachel respiró hondo. Inclínó la cabeza.

—Aun así, debemos ser prudentes —musitó—. Todo depende de eso..., Chad.

—¿Otra vez? Creí que nos trataríamos de otro modo, una vez a

solas —pareció molestarse el hombre que volviera de Tel Aviv.

—No. No nos trataremos de otro modo. Eres un «sosias» perfecto, lo admito. Engañarías a cualquiera, aunque sé cuál es tu nombre verdadero y tu identidad. No te llamaré nunca por tu nombre de Stuart Dyker, puedes estar seguro. Sería casi un suicidio. Cualquier día, un leve error, un paso en falso... y los dos terminaríamos mal. No, querido. Serás para mí Chad Donovan. Mi esposo. Mi amado Chad. Mi querido Chad. Es todo. No olvides que así ha de ser. Forma parte del juego, y tú lo sabes.

—Conforme —aceptó él, encogiéndose de hombros, con escepticismo—. Si lo quieres así, es cosa tuya. Yo no tengo que darte un nombre diferente, de modo que es más difícil que de un paso en falso.

—Puedes darlo igual. Recuerda que debes atender siempre por Chad, estés donde estés, o por Donovan. Por eso te llamaré siempre por estos nombres y no por otros. El hábito influye. Y terminas atendiendo mecánicamente a esas llamadas. Pero si fallas una sola vez y hay cerca de ti alguien que pueda comprometerte, todo se habrá perdido..., Chad.

Ella recalcaba siempre el nombre, significativamente. El terminó por asentir.

—Está bien —aceptó—. Stuart Dyker no existe ya. Soy Chad Donovan. Me he dicho eso a mí mismo desde que salí de Tel Aviv. Y he llegado a convencerme totalmente de ello, te lo aseguro.

—Así estará mejor todo —lo acarició con una mano suave, cálida. Le sonrió con su boca carnosa y sensual—. Chad, soy tu esposa. ¿Te das cuenta?

—Sí. Eres la esposa de Chad Donovan —cortó él glacialmente. Luego sacudió la cabeza, de un lado a otro, mientras conducía—. Parece lo mismo, pero sabes que no lo es.

—Tiene que ser lo mismo ante todo el mundo.

—Conforme. Pero no entre nosotros dos —replicó su flamante esposo—. Legalmente, no eres nada mío, Rachel. Somos camaradas, colegas en una misma tarea. Es todo.

—¿Acaso no te gusto como esposa? —insinuó ella, malévola.

—Eres hermosa. Singularmente hermosa, Rachel. Gustas a cualquier hombre. Pero en esto no hay sentimentalismos. No puede haberlos.

—Lo sé —ella se mordió el labio, mirándole pensativa—. ¡Qué

diferente eres a Donovan, a pesar de que tu parecido con él sea tan pasmoso!

—¿Sí? —rió él entre dientes—. ¿En qué nos diferenciamos ese policía y yo, querida? Me gustaría saberlo, por si puedo enmendar el fallo.

—No, no puedes. No eres nada cariñoso. El sí lo sería, en esta situación. Me amaba. Sentíase profundamente enamorado de mí.

—Ya. ¿Y tú de él?

—Me gustaba. Tú lo puedes entender mejor que nadie, puesto que eres tan exacto.

—Yo soy un producto de laboratorio —le recordó el hombre que decía ser Chad Donovan.

—No del todo. Tienes su misma contextura, su estatura, su corpulencia, su vigor... El rostro y el cabello han sido perfectamente imitados en todo detalle, de modo que, *aparentemente*, eres él. Te falta su sonrisa, el brillo amable de sus ojos, algún gesto que otro, que en ti es más estudiado, menos espontáneo..., pero nadie excepto la mujer que está a tu lado descubriría la diferencia. Esperaba..., esperaba que, pese a todo, esto fuese parecido a un auténtico matrimonio.

—Te entiendo. Pero no lo es. Ni posiblemente lo será. Me gustas, ya te dije. Pero yo no te amo como él te amaba.

—Se nota. Es vuestra diferencia. Y eso sí que lo nota una mujer —puso una mano en su brazo—. De todos modos, sí podremos ser... buenos amigos, mientras dure esto.

—Eso, sí —se volvió, al parar en un semáforo. La miró con cierta frialdad—. Sólo amigos, recuerda. No me gustaría sentirte como algo mío, sabiendo que tú piensas y pones tu ternura y tu pasión en otro hombre..., por igual que sea a mí.

—Vaya —rió ella, sarcástica—. ¿De veras vas a sentirte... celoso? ¿De Chad Donovan, precisamente?

—En estos momentos, creo que no hay ningún otro hombre por quien pueda sentir celos —declaró él con sequedad—. Aunque parezca un contrasentido. Por otro lado, no estoy aquí para amar o ser amado por una hermosa mujer, sino para algo más importante, ¿no es cierto?

—Ya habló el profesional, el espía, el mercenario —se quejó ella, desabrida.

Arrancó el coche y él la miró con hostilidad, al acelerar la marcha.

—¿Y qué eres tú? —indagó, hosco.

Tras un silencio, ella respiró hondo. Incluyó la cabeza. Su voz sonó con lentitud, como cansada:

—Tienes razón —suspiró—. Creo que he llegado a entrar demasiado en esta absurda farsa. Imaginé por un momento que... que todo era como antes. Y tú eres otro hombre. Acabamos de conocernos, trabajas por dinero, por lucro simplemente.

—¿Tú no?

—Sí —ella hizo un gesto desdeñoso—. Chad, olvida cuanto dije. En realidad, no debería sacar a relucir los temas afectivos. A fin de cuentas, si hubiera sido realmente la esposa del auténtico Donovan, siempre hubiese sentido yo celos, y no él.

—¿Tú? —se extrañó su compañero de viaje, el hombre con quien se había casado poco antes en la capilla católica neoyorquina—. ¿Celos de quién? ¿De la otra mujer?

Rachel asintió, con gesto expresivo.

—Veo que también te contaron eso —dijo.

—Tuvieron que contármelo todo. Y muy detalladamente —rió entre dientes, sin dejar de manejar el volante—. ¿Te imaginas lo que hubiera sido llegar, encontrarme con Sally Young y no reconocerla?

—Cielos, eso hubiese significado el desastre —admitió Rachel, afirmando con la cabeza—. Sally ha sido siempre una buena amiga de Chad Donovan. Y, además, está enamorada profundamente de él.

—Pero él te prefería a ti —sonrió él.

—Ya sabes cómo somos las mujeres en ciertos aspectos. Aun sabiéndonos elegidas, no podemos evitar el sentir celos de otra mujer que ame al hombre que elegimos.

—Hablas como si hubieras estado también enamorada de Chad Donovan.

—Ya te he dicho que me gustaba —lo miró—. Quisiera saber si puedes llegar a gustarme tú de igual modo, dado tu parecido. O si, quizá por eso mismo, sabiendo que no eres él, llegue a odiarte en el tiempo que habremos de estar juntos. No sé...

—Para evitar todos esos riesgos, será mejor que desligues tus cuestiones afectivas de las puramente profesionales. Somos dos agentes trabajando en un mismo asunto, y ambos unidos por una misma misión e idea cerebral, que nada tiene que ver con el

corazón y con problemas del amor o del sexo, de modo que eso deja bien delimitada nuestra mutua posición futura. ¿Estás de acuerdo en eso?

—Me temo que no tendré otro remedio que estarlo —aceptó ella de mala gana.

—Exacto —afirmó él—. De aquí en adelante, seremos el matrimonio Donovan para todo el mundo, incluidos, en primera línea, el FBI y esa chica, Sally Young. Pero nada más. Mientras ellos piensan que yo te espío estrechamente, y que tú crees espiarme a mí, estaremos ambos espiando a todos ellos y burlándonos de su poderío. De ese modo llegaremos al que es nuestro objetivo principal, ahora que Chad Donovan no existe: llegar hasta los documentos federales, los archivos secretos, los códigos y claves cifradas, y todo cuanto puede servir para que los federales estén en manos de la Organización en lo sucesivo, sin ellos mismos saberlo.

—¿Crees, sin embargo, que podrás engañar a todo el mundo cuando regresemos de nuestro supuesto viaje de novios? —dudó Rachel.

—Estoy convencido de ello. Forma parte de mi trabajo, y he sido minuciosamente preparado para ello. De otro modo, no estaría ahora aquí.

—Lo sé, pero... ¿engañarías *también* a esa chica, a Sally Young?

—No sé —inclinó él la cabeza—. Imagino que sí... a pesar de la suspicacia de una mujer que, además, está enamorada.

Y aceleró, profundamente pensativo, mientras la mirada exótica y rasgada de la eurásica nacionalizada americana, que ahora era la esposa oficial de Chad Donovan, se perdía en la distancia, como si vagase en pos de pensamientos nada claros ni precisos.

* * *

Marty Kane respiró hondo, mirando a la joven.

—Sí, Sally. Lo siento de veras —declaró—. Pero ¿qué otra cosa podías esperar de él?

—Ninguna —los claros ojos de la muchacha pelirroja se desviaron, sombríos—. Estaba segura de que ella se lo llevaría. Chad está enamorado de Rachel Winters, de eso no hay duda. Cuando se anunció el compromiso, supe que lo perdía definitivamente.

—No debió hacerlo —comentó Kane—. Esa mujer tiene algo

extraño, inquietante...

—Es muy hermosa, Marty, hay que reconocerlo —declaró Sally Young con un suspiro.

—No puede negarse, pero es una hermosura rara, misteriosa.

—Su origen oriental, Marty. El hecho de que haya sido más fuerte que yo no puede hacerme cerrar los ojos a la realidad: Chad ha sabido elegir bien.

—No hables así. Eres una mujer maravillosa, Sally. No tienes nada que envidiar a esa mujer. Ni a ninguna otra.

—Pero Chad se casó con ella —había una tenue humedad en los ojos brillantes de la bella muchacha.

—Oh, cielos, se casó con ella, sí —aceptó Marty Kane, acercándose a Sally—. Pero eso sólo significa que lo supo cazar, y nada más. Tampoco el mundo se acaba con Chad Donovan para ti. ¿O tal vez sí?

—No sé qué pensar, Marty. Cuando se fue a Oriente Medio, pensé que acaso el tiempo y la distancia pudieran hacerle cambiar de idea. Era sólo una esperanza, claro. Pero su precipitado regreso, tras ese atentado en Tel Aviv, del que salió milagrosamente con vida, me hizo perder toda esperanza. Supe que se casarían. Y así ha sido. Sally enmudeció. Continuó realizando sus ejercicios junto a la piscina de agua tibia del club deportivo. Marty Kane, el joven reportero, amigo de siempre de ella y de Donovan, la contempló pensativo. Se acomodó junto a la piscina, y estudió distraído las azules aguas, como si en ellas estuviese la explicación de lo que no pudiera entender.

—De todos modos, debió esperar a casarse —comentó—. Sus heridas eran serias. Le convenía un más largo reposo.

—El mismo decidió. Es cosa suya, Marty.

—No sé... —Kane se frotó el mentón, reflexivo—. Sabes que Chad es, ante todo, un profesional íntegro, un hombre enamorado de su profesión. Es posible que existieran presiones para que esa boda se apresurase.

—¿Presiones? ¿Qué clase de presiones? —Pestañeó vivamente la joven.

—Bueno, es difícil de explicar, pero esa muchacha nacida en Hong Kong, tiene amistades importantes en Nueva York, en Macao, en el propio Hong Kong... Se dice que algunas de esas amistades son de

la China continental. Y se rumorea algo sobre una posible conferencia tripartita Estados Unidos-China-Unión Soviética. Si los gobernantes de los tres países se reúnen para un acuerdo mundial de cooperación, amistad y paz, quizá al FBI le convenga tener cerca a una persona como Rachel Winters.

—¿Sacrificarían a un hombre por el simple hecho de tener relación más estrecha con personas políticamente importantes, Marty? —se escandalizó Sally, dejando de practicar sus ejercicios y despojándose lentamente de su albornoz rojo, que resbaló sobre su figura, hasta caer a sus pies.

Marty Kane contempló absorto aquella escultural figura en bikini rojo oscuro, aquella silueta altiva, arrogante, esbelta, de curvas suaves pero bien marcadas, a punto de sumergirse en la pileta iluminada.

—Nosotros, los periodistas, especialmente cuando actuamos como reporteros de asuntos políticos, estamos habituados a ver cosas más monstruosas y complejas que ésta, mi querida Sally —confesó él, sacudiendo su rubia cabeza, pensativo—. Lo cual no quiere decir que Chad no deseara ser el esposo de Rachel, sino que, simplemente, pudo haber ciertas influencias ajenas, para precipitar esa boda.

Ella se zambulló en la piscina, como una nereida. No respondió nada, ni parecía deseosa de hacerlo. Marty Kane, el joven periodista amigo, se incorporó con un leve bostezo.

Al emerger ella, habló con aire distraído, encaminándose a la salida de la piscina cubierta del club:

—Y hablando de los reportajes de asuntos políticos y cosas parecidas, he recordado que debo entrevistar hoy al profesor Norman Chambers. Ya sabes, el que parece a punto de alcanzar el éxito con un nuevo medio científico contra la polución atmosférica de las grandes urbes, y también contra la contaminación nociva de los mares y tierras, que pueda prolongar y ampliar la vida animal en su medio ambiente. Algo fantástico, de llegar a producirse. Y bastante mejor que las armas que pretendían que inventase el profesor Chambers, antes de surgir afanes pacifistas en las grandes potencias mundiales. Te veré más tarde, Sally. Y sigue mi consejo: no sufras demasiado por Chad. El pensó siempre que eras sólo una buena amiga de su adolescencia. Y ahí terminó todo. Después de

todo, mi querida Sally, ¿qué culpa tenemos de que incluso un brillante agente federal llegue a ser tan imbécil de no advertir lo bonita que es una chica a quien sólo consideró siempre como una buena amiga, sin ver más allá de sus narices?

Y con una sonrisa abandonó el club. Sally, tras agitar su brazo en despedida, volvió a sumergirse en la piscina.

CAPÍTULO II

Marty Kane contempló al hombre que acababa de recibirle.

—Sí, profesor —afirmó—. Es usted el personaje escogido para mi columna de los famosos. ¿Le sorprende acaso?

—Forzosamente —sonrió con benignidad el profesor Norman Chambers—. Nunca he pensado que mi persona pudiera interesar realmente a nadie. Y menos a todos sus miles de lectores, mi joven amigo.

—Es un exceso de humildad por su parte. Sabe que es importante. Que la gente quiere saber cosas de usted.

—Los científicos no gustamos de la publicidad, señor Kane. Preferimos laborar en silencio, por el bien común. Es nuestra auténtica misión, aunque a veces la hayamos descuidado un poco, por culpa de quienes debieron pedirnos otras tareas diferentes, más benefactoras para la humanidad.

—¿Se refiere a la época en que la carrera de armamentos parecía algo vital a las grandes naciones del mundo?

—Me refiero a muchas cosas que no debieran ser —eludió astutamente el científico una respuesta comprometida—. Por fortuna, todo eso parece superado, y ahora se labora por mejorar las condiciones de vida en nuestro maltrecho planeta.

—¿Está realmente superado el peligro de una nueva carrera de ingenios bélicos, profesor? —indagó Marty Kane, pensativo.

—Bueno, eso nunca está superado del todo —convino el sabio, arrugando el ceño—. El peligro existe siempre, porque muchas veces la presunta amistad de las naciones es tan frágil que cualquier incidente puede quebrarla. Pero sí podríamos decir que la situación es bastante mejor de lo que jamás llegó a serlo.

—¿En todo el mundo?

—Bien sabe usted que no, por desgracia. Basta leer los diarios o contemplar un programa informativo de la televisión para comprenderlo, pero ¿es de eso de lo que quiere hablarme, quizá?

—No. No quiero referirme a los aspectos negativos de la ciencia, como son las armas modernas, de tipo bacteriológico, o cosa

parecida, sino el aspecto positivo y benéfico, al que nos conviene a todos, profesor.

—Entonces, venga conmigo. Hablaremos en mi laboratorio, mientras trabajo. Uno de los grandes problemas de un investigador es que siempre le falta tiempo para su tarea. No puedo permitirme el lujo de abandonar mis trabajos.

Marty Kane siguió al profesor hacia el laboratorio situado al fondo del edificio que ocupaba el científico en Queens, en una zona ampliamente ajardinada y sin ruidos de tráfico salvo los distantes de una de las arterias principales del distrito. Allí podía decirse que se gozaba de una relativa calma, muy adecuada a la labor del sabio. El investigador y su joven visitante, el reportero Marty Kane, llegaron al amplio laboratorio encristalado. En él trabajaba, silenciosamente, un hombre alto, taciturno y enjuto, de gafas de montura metálica, inclinado sobre unos cobayas. La instalación total del recinto era pulcra y cuidada. La bata del desconocido tenía un suave tono manzana. La del profesor, por el contrario, era de un azul pálido.

—Mi ayudante, el doctor Leslie Leowitz —presentó el profesor—. Colabora conmigo desde hace dos años, en la investigación de procedimientos depurativos contra la contaminación de mares y tierras.

—Es un placer —dijo Kane, inclinando la cabeza—. ¿Van muy avanzados en la búsqueda de ese algo que nos priva del peor peligro de la actualidad?

—Sinceramente, no demasiado —negó el doctor Leowitz, con un inglés suave y culto, pero de inconfundible acento extranjero, que no rompía la armoniosa corrección de su voz y de su tono—. Aún falta mucho terreno para asegurar que tengamos medios perfectos de evitar la pérdida de especies vivientes, animales o vegetales, en zonas contaminadas por el medio ambiente. Sin embargo, el profesor Chambers es optimista al respecto, y su optimismo me ha contagiado, señor...

—Kane. Marty Kane, redactor de «La Columna de la Fama», en el *Mirror* —explicó Marty, con rapidez. Volvió toda su atención al profesor Chambers—. Ese trabajo, ¿ocupa ahora todo su tiempo?

—No, no es posible, porque uno a veces tropieza con obstáculos que se vencen mejor dejándolos un tiempo, para luego afrontarlos con

renovados bríos. Un científico, señor Kane, debe dedicar simultáneamente su atención a diversos problemas, para que uno u otro terminen resolviéndose. Por desgracia, a veces se busca algo... y se encuentra una cosa completamente distinta, que conviene abandonar con rapidez.

—¿Por ejemplo, profesor?

—Oh, no me gustaría hablar de eso —rechazó el sabio—. No es un tema agradable.

—¿Se refiere acaso al gas ámbar? —preguntó vivamente el doctor Leowitz, alzando la cabeza.

—Por favor, doctor, no lo mencione siquiera —cortó con acritud el profesor Chambers—. Ya he dicho que no me gustaría hablar de ello jamás.

—No veo que exista peligro en ello —sonrió Leowitz—. Después de todo, está destruido todo, ¿no es cierto? Fórmula y muestra.

—Sí, lo están —resopló Chambers, ceñudo—. Pero prefiero olvidarlo para siempre, créame. Sé que jamás recordaré esa fórmula aunque me lo proponga. Por tanto, no habrá nuevas muestras, pero, aun así, no quiero mencionarlo.

—El gas ámbar... —repitió Marty Kane, con un brillo pensativo en sus ojos inteligentes y vivaces. Miró a ambos investigadores, lleno de curiosidad—. Me gustaría saber a qué se refieren exactamente.

—No —cortó tajante Chambers—. No hay por qué saberlo, amigo mío, puede creermelo. No me gusta en absoluto la idea. Ni el doctor ni yo hablaremos de ello.

—Si está tan decidido, siento haberlo mencionado —se quejó Leowitz, mordiéndose el labio, con gesto reflexivo.

—No tiene importancia, doctor. Usted lo dijo de buena fe. Pero eso es todo lo que quiero que sepan los demás de mi hallazgo. Le agradeceré, incluso, que no mencione este hecho en absoluto, amigo Kane.

—Aunque lo hiciera, de poco iba a servir —sonrió burlón Kane—. No veo qué pueda interesar a mis lectores la mención de algo que nadie sabría lo que es ni para lo que sirve..., aunque su tono me haga sospechar algo, profesor.

—¿Qué le hace sospechar, Kane? —se interesó secamente el científico, casi con agresividad en su tono.

—Que se trata de algo malo. De..., de un producto tóxico quizá. De

un veneno. De un arma contra los humanos, en suma.

Hubo un silencio profundo en el laboratorio. El profesor Chambers estudió largamente a su visitante. Luego, sacudió la cabeza, mientras Leowitz carraspeaba, inexpresivo, y se encaminaba con unas muestras de tejidos a un potente microscopio, situado en una mesa bien iluminada, lejos de Kane.

—Por favor, hablemos de otra cosa —pidió al fin—. Se lo pido por última vez.

Kane estudió a su interlocutor. Respiró hondo, captando la tensión en el gesto grave y cansado de Chambers. También notó su nerviosismo, la excitación que asomaba a sus ojos grises, penetrantes tras unos lentes de montura de carey que acababa de poner sobre su nariz aguileña, de afilado perfil.

—Está bien —aceptó el joven periodista—. Hablemos de otra cosa. Olvidaré el gas ámbar, sea ello lo que sea. Para mí, y para mis lectores.

—Gracias, amigo mío —le puso una mano en el brazo, cordialmente. Incluso sonrió—. Gracias. Créame que siento no ser explícito. No vale la pena. Es mejor así. Venga. Le mostraré algunas cosas. Hablaremos de ciertos avances importantes en el terreno de la lucha contra el medio ambiente contaminado... Y mañana, si lo desea, haremos unos curiosos experimentos en mi zona de cultivos, a poca distancia de aquí. Será mejor que ello se haga a pleno día, para que capte mejor los efectos del experimento.

—No faltaré, profesor —prometió Kane—. Me fascina conocer a fondo las cuestiones que toco en mi reportaje, para que los lectores se sientan satisfechos en su propia curiosidad.

—Pues entre nuestra charla de ahora, los datos que le proporcione y las experiencias fascinantes que presenciara mañana directamente, creo que la curiosidad de sus lectores quedará sobradamente satisfecha, amigo Kane.

Marty asintió, aunque parecía distraído, como preocupado por alguna otra cuestión más difusa y misteriosa que la simple lucha contra la polución y el medio ambiente. Acaso por aquel enigmático, oscuro tema del gas ámbar, eludido drásticamente por Chambers...

Tenía la esperanza de que, durante el siguiente día, cuando los experimentos se llevasen a cabo en el campo de experimentación y

cultivos del profesor Chambers, tuviera mejor fortuna en lo relativo a la naturaleza de aquel gas ámbar...

Pero Marty Kane no acertó en sus esperanzas. No hubo experimentación ni segunda charla con Norman Chambers.

Tampoco alusión alguna al gas ámbar, por supuesto.

Porque para entonces, dieciocho horas más tarde de aquella visita, todo había sucedido.

Y el profesor Norman Chambers no hablaría ya con él ni con nadie.

* * *

Rachel Winters emergió de las aguas, chorreando sus cabellos platinados. El cuerpo era una escultura cimbreada, sensual, por la que se deslizaba el agua, dándole un brillo de alabastro. Los senos macizos, juveniles y firmes, vibraban, sujetos dificultosamente por la pieza superior del bikini rabiosamente azul.

Cayó, riendo, junto al hombre sentado en la hamaca de colores, frente a la costa idílica de Palm Beach. Salpicó de fría agua salobre el rostro de él, y su camisa estampada, que la brisa marina agitaba, a medio abotonar sobre el torso del hombre bronceado, joven y vigoroso como una estatua griega. Y dotado casi de la misma armonía de músculos, tendones y nervios bajo la epidermis curtida por el sol.

—¿No te bañas tú, querido? —preguntó, risueña.

—No puedo —le recordó él, sacudiendo la cabeza. Abrió los ojos y la contempló, como fascinado por aquella armonía de curvas llenas de sensualidad y atracción—. Mis heridas, Rachel...

—Oh, cierto —asintió ella, pensativa—. Deben cicatrizar...

Sus dedos húmedos desabotonaron la blusa estampada de él. Luego, acariciaron la piel, en torno a los puntos donde los apósitos habían cubierto las costuras de ambas intervenciones quirúrgicas, allá en Tel Aviv. Sonrió ella, mientras él parecía estremecerse al suave contacto de aquellos dedos de mujer.

—Parecen auténticas —susurró ella, divertida.

—¿Las costuras? —Él afirmó—. En realidad, lo son. Se han copiado perfectamente las dos heridas. De otro modo, podría suceder que un cirujano no se engañara respecto a ellas. No se puede jugar con ciertos descuidos.

Hablaban en tono bajo, pese a que no había nadie en la amplia terraza soleada del hotel situado ante el litoral de Miami. El tema de la conversación era demasiado arriesgado para cometer indiscreciones. Previamente, habían observado que no había posibilidad de que existieran micrófonos ocultos en parte alguna de aquel sector.

—¿Crees que llegarán a examinarte tan a fondo en el FBI? —dudó ella—. Si no sospechan nada, no tienen por qué dudar de tu identidad...

—Por supuesto. Si lo sospecharan, todo se vendría inmediatamente abajo —alzó sus manos abiertas él, y mostró los largos dedos nervudos, con las yemas hacia ella—. Mis huellas dactilares, ¿comprendes? Eso no hay nadie que lo altere o varíe...

—Sí, lo entiendo —suspiró Rachel—. Es como vivir siempre sobre un volcán, ¿verdad? Expuesto a un fallo, a un leve error, que lo hundiría todo definitivamente. Es lo malo de adoptar una personalidad ajena...

—Las cosas se hicieron bien. Muy bien. No hay motivos para temer nada en ese terreno. De ser de otro modo, lo hubiese notado. Ni el inspector Alden, ni el director Belknap, ni nadie de la oficina, ha sido receloso conmigo. Me han tratado como tratarían al auténtico Donovan. Y yo a ellos también.

Ella asintió, pensativa. Contemplaba el cielo, el sol, las palmeras, el azul intenso y diáfano del mar, las rompientes en la costa, los *surfs* con sus deportistas arriesgados, cabalgando sobre las olas...

—Sería una hermosa luna de miel —musitó—. Sobre todo, si tú fueses Chad Donovan.

—Lo entiendo —sonrió su esposo con ironía—. ¿Decepcionada acaso?

—Un poco —musitó Rachel—. Ocupamos nuestra *suite* nupcial, conforme. Todos nos creen una feliz pareja en su luna de miel. Pero ignoran que descansamos muy lejos el uno del otro durante la noche...

—Es mejor así, ya te lo dije. No hay que mezclar otra clase de sentimientos con nuestro sentido de lo profesional, Rachel.

—Pero es que te pareces tanto a él... que a veces quiero pensar que, realmente, nada de lo sucedido llegó a suceder. Y que tú..., tú eres mi esposo.

—Legalmente, lo soy en estos momentos.

—Tú me entiendes —ella se incorporó, airada. Paseó su figura arrogante delante de él. Luego, inclinóse, hasta poner su rostro cerca del masculino, mientras los cabellos platinados dejaban caer chorros de agua sobre la camisa del hombre, y los senos erguidos señalaban belicosos hacia el hombre que se hacía llamar Chad Donovan, pugnando por zafarse de su ajustada prisión de tela azul —. ¡Hablo del auténtico Chad Donovan, el hombre que está muerto y cuyo cuerpo desapareció para siempre, allá en Israel, antes de que te enviasen a ti en su lugar! ¡Hablo del Chad Donovan por quien yo sentía algo, y cuya legítima firma no está ni estará nunca en el registro matrimonial donde aparece la mía!

—Sabías que esas cosas tenían que suceder así, querida —suspiró él —. No puedes reprocharme nada a mí ahora. Yo soy, como tú, una persona que cumple una tarea y recibe unas órdenes. Es todo. Lo demás, Rachel, lo imponen las circunstancias. Quisiera ser Chad Donovan, si eso colmaba tus deseos por un tiempo. Pero sabes que no lo soy, por mucho que me parezca a él. Chad Donovan fue malherido en la clínica. Chad Donovan fue sacado, ya cadáver, y sustituido por otra persona. Esa persona soy yo, y ahora soy tu esposo, para que el FBI siga creyendo en mi existencia, piense que te espío, y que tú me espías a mí. Y, entretanto, hacemos nuestro juego, defendiendo a nuestro Monarca, como en un perfecto enroque ajedrecístico, para seguir el símil impuesto por nuestra Organización. ¿Algo que alegar a esos hechos concretos, Rachel?

Ella le escuchó en silencio, mientras el hombre que, para todos, era Chad Donovan, sonreía fríamente, tras haber disparado su propia y seca andanada sobre la hermosa mujer.

Rachel recuperó la verticalidad, y con ella dejó de peligrar la pieza superior de su bikini, aquel corpiño mínimo, que encerraba formas tan belicosas y firmes. Sus ojos centellearon con una mezcla de ira y despecho.

—Soy mujer, Chad —siguió representando su farsa, y llamando al hombre con quien se había casado con todas las apariencias legales, por él nombre del que fuera asesinado en Tel Aviv conforme a los fríos planes dispuestos por la Organización—. Y a veces, incluso siendo tú un impostor..., me siento mujer de pies a cabeza. Eso es todo.

—Ser tu esposo y aceptar este estado de cosas, tampoco es fácil para mí, Rachel —declaró él, conciso—. Pero es preferible así, al menos por el momento.

—Suponte que te pidiera ser tu esposa..., por completo —le desafió ella.

—Diría no —replicó él, tajante. Sostuvo su mirada, muy frío—. Lo siento.

—Eso es un desprecio —respiró ella entrecortadamente. Su cuerpo vibraba, dominando pasiones y sentimientos impetuosos.

—No debes tomarlo así, Rachel. Es sólo una medida de eficacia personal. Nada debe influir en nuestros actos y decisiones. Estamos cumpliendo una misión, recuerda. Eso es lo que cuenta.

—¡También existen momentos como éste que son totalmente nuestros, Chad! —protestó ella con vivacidad.

—Creo que te equivocas —sonrió él, glacial—. Viene alguien. Y no parece, precisamente, un turista casual...

Ella giró la cabeza, sorprendida e intrigada. Miró al punto señalado por el hombre llamado Chad Donovan.

—¡Hakim! —musitó, con sobresalto.

La figura cobriza, rechoncha y sebosa, del hombrecillo de la barbita negra y los ojos astutos, se aproximaba ya a ellos, desde la costa. Una canoa a motor, blanca y deslumbrante, se mecía en el oleaje, suavemente. Dos o tres hombres, a bordo, parecían dedicados a tareas de amarre. Todos eran cetrinos, como Hakim.

—Buenos días, mis queridos amigos —saludó el hombre de Tel Aviv. Sus ojillos chispearon cuando se inclinó ante ellos, risueñamente. Su barbilla adiposa tembló casi tanto como su vientre plegado y grasiento, sobre los pantalones azules—. ¿Disfrutando una bella luna de miel en Florida?

—Algo así —admitió de mala gana Rachel, aunque mirando con respeto al hombre recién llegado—. No le esperaba ahora aquí.

—Tengo la rara virtud de aparecer siempre donde y cuando no me esperan los demás —soltó Hakim una leve risita entre dientes. Luego, se aproximó a la hamaca donde aparecía retrepado confortablemente el duplicado exacto de Chad Donovan—. ¿Todo bien?

—Todo bien, sí —asintió ella—. ¿No es demasiado atrevido venir a visitarnos aquí?

—En absoluto, mi querida amiga. Hakim, el caballero Hakim, carece de toda clase de antecedentes en el FBI, Interpol o cualquier otra policía del mundo. Soy demasiado listo para estar catalogado como un delincuente vulgar. Soy un caballero libanés, rico y caprichoso, que recorre el mundo en avioneta propia, en helicóptero, en yate o como guste hacerlo. Y siempre repartiendo jugosas propinas a todo el mundo, sin reparar en gastos... No tiene nada de extraño que salude a una hermosa dama, en Palm Beach, si me encuentro con ella. Todo el mundo conoce mi debilidad por las mujeres atractivas. Especialmente, las que usan bikinis de ese estilo. Esto es todo, por tanto, perfectamente normal en mí, créame, mi querida Rachel.

Se había detenido junto al hombre que descansaba. Le miró, como esperando algo de él. Sin moverse, Chad Donovan saludó:

—Imagino que no nos estará vigilando para saber qué tal representamos nuestro papel, Hakim.

—No, no es eso lo que me trae aquí —habló secamente el otro, acariciándose la barbita, pensativo—. Aunque admito que tenía curiosidad por ver cómo se desenvuelven. Llevo algún tiempo observándoles a distancia. Aquí, en el interior del hotel, en la calle... Todo va perfectamente. Hemos engañado al FBI. De modo que el plan sigue adelante.

—Lo imaginaba —bostezó Donovan—. Pero supongo que mi auténtica utilidad no será un hecho hasta que regresemos a Nueva York, consumido este viaje de novios...

—No creo que llegue a consumirse —sonrió Hakim, irónico—. Chad Donovan es un agente demasiado necesario para el FBI, cuando éste se ve en apuros. Pronto recurrirán a usted, y le harán interrumpir estas hermosas e idílicas vacaciones. Quizá antes de que hayan podido disfrutar de su segundo paraíso durante el viaje.

—¿El segundo paraíso? —arrugó el ceño el supuesto Donovan—. De aquí vamos a Nassau, en las Bahamas... Luego a Kingston, Jamaica... Y el viaje a Nassau es mañana mismo. ¿Se refiere a ese lugar, Hakim?

—Me refiero a Nassau, sí. Es seguro que estando allí recibirán noticias del FBI.

—¿Por qué motivo?

—Porque algo le habrá sucedido, en Nueva York, a un buen amigo

de Rachel Donovan, de soltera Rachel Winters. Y, al mismo tiempo, persona importante para la ciencia de los Estados Unidos. Me estoy refiriendo al profesor Norman Chambers...

—Chambers... —Ella se irguió, sorprendida—. ¿Qué significa eso?

—Significa que, a estas horas, el profesor Norman Chambers es nuestro objetivo en Nueva York... Es la jugada siguiente en la gran partida entablada. Una pieza que nos engullimos, mi querida amiga...

—¿Jaque inicial, tal vez? —preguntó fríamente Donovan.

—No aún —rió Hakim—. Sólo un avance de piezas al ataque, en busca de la brecha enemiga... Un golpe a la estrategia del adversario. Ahora es cuando ustedes empezarán a sernos útiles respectivamente, amigos míos...

CAPÍTULO III

Marty Kane llegó justo a tiempo.

No sirvió de nada, pero llegó a tiempo de ser testigo de los hechos. Y, pese a su intervención directa en ellos, todo lo que logró fue un excelente reportaje para su periódico. Nada más.

Porque cuando pisó los escalones de entrada a la residencia de Queens donde ya estuviera el día anterior, aquella mañana nubosa y gris de Nueva York, la puerta estaba abierta de par en par, y detenido ante la acera un vehículo comercial, una furgoneta anunciando en su carrocería una famosa marca de productos alimenticios envasados.

Un hombre con uniforme amarillo y el emblema de dicho producto alimenticio en su gorra de visera y en el uniforme, sobre el pecho, aparecía sentado al volante de la furgoneta, hojeando una publicación de *cómics* en color. Tenía el motor en marcha. Miró, indiferente, hacia Kane. Y siguió hojeando su magazine.

Marty Kane pensó en algún aprovisionamiento de la vivienda del profesor, y se dispuso a entrar en la casa, tras pulsar dos veces el botón del llamador, para anunciar su presencia allí. Dentro del edificio, tintineó musicalmente por dos veces el llamador.

Luego, se oyó un grito agudo, estrépito de vidrios, y un seco taponazo, como si descorchasen una botella de champaña. Hubo ruido, pisadas, carreras en el interior del edificio.

Kane arrugó el ceño, sorprendido. Llamó, con voz potente:

—¡Profesor! ¡Profesor! ¿Está ahí? ¿Suced algo, profesor Chambers? Recordando los ruidos percibidos, se dijo que aquel grito masculino revelaba dolor, y que los vidrios rotos parecían haberlo sido violentamente. En cuanto al taponazo...

Se paró en seco, alarmado. La idea se abrió paso en ese instante, a través de su cerebro.

¡No era un taponazo, sino... un disparo con silenciador!

—¡Profesor! —aulló, ya realmente alarmado—. ¿Qué es lo que ocurre?

Intentó entrar en la casa cuando un ruido, a sus espaldas, llamó su

atención. Se volvió, realmente sobresaltado.

Lo hizo muy a tiempo. El hombre de uniforme amarillo se le venía ya encima, con la llave inglesa enarbolada en su mano maciza. De no haber girado la cabeza en ese instante, la hubiese recibido con toda fuerza en su nuca.

Eludió el golpe del objeto contundente, y eso hizo que su agresor perdiera en parte el equilibrio. Kane era fuerte y elástico. Disparó su zurda, violentamente, pegando de lleno en el hígado al que tratara de golpearle.

El hombre de la furgoneta comercial ahogó un grito ronco, se encogió, sin aliento, y él aprovechó para conectarle otro golpe seco, esta vez en el mentón, que alzó unas pulgadas del suelo los pies de su enemigo, y lanzó a éste, dando volteretas, por todo lo ancho de la acera.

Simultáneamente, el profesor Chambers apareció en la puerta. Y no por propia voluntad, ciertamente.

Le llevaban entre dos hombres de idéntico uniforme amarillo. Otro, un tercer empleado uniformado, cerraba la marcha, pistola automática en mano. Observó Kane vivamente que el arma se prolongaba en su negro cañón por un tubo silenciador de detonaciones. La boca de negro acero despedía unas suaves volutas de humo.

—¡Cuidado con ese tipo! —jadeó uno de los uniformados de amarillo.

Marty Kane observó que el profesor Chambers, muy pálido, mostraba huellas de sangre en su mejilla y en la sien derecha. Iban despeinados sus cabellos grises, se sostenía en pie sujeto por sus dos captores, pero al parecer inconsciente, y la sangre de sus heridas había salpicado incluso el amarillo rabioso de los uniformes de los hombres de la furgoneta.

El arma silenciosa le apuntó inmediatamente. Kane se tiró cuanto largo era, rodando por el asfalto, y tras el taponazo seco, áspero, percibió un silbido amenazador sobre su cuerpo, perdiéndose la bala en el aire, sin tocarle.

Ya ellos corrían con Chambers hacia el camión comercial de pequeño volumen. El joven periodista trató de hacer algo por evitar aquello que tenía todas las trazas de ser un secuestro en toda regla. Se incorporó, corriendo agazapado hacia el vehículo. Los dos

hombres de amarillo habían abierto las puertas traseras de la furgoneta, tirando dentro, sin miramiento alguno, al investigador científico. El de la pistola se volvió hacia Kane, dispuesto sin duda a disparar otra vez.

Pero no fue preciso. El hombre caído en la acera, de resultas de los golpes de Kane, se revolvió, al pasar el reportero a su lado. Le sujetó un pie, y el periodista perdió el equilibrio, cayendo al asfalto con una imprecación.

El de la pistola, rápido, se inclinó sobre Kane y le dio un seco golpe de pistola, con el cañón silenciador, antes de que pudiera incorporarse de nuevo o protegerse del impacto. Apenas recibió éste, se fue de espaldas al asfalto, sintiendo que todo le daba vueltas. Ese instante fue aprovechado por su agresor para ayudar a incorporar al conductor del vehículo. Juntos corrieron hacia el mismo, mientras ya los otros dos hombres de amarillo, enarbolando contundentes porras de cuero, cubrían cualquier posible acción de Marty Kane.

—¡Dejad todo! —voceó el de la pistola—. ¡Al coche, rápido! ¡Ese tipo no nos molestará por el momento!

Saltaron a la furgoneta y ésta arrancó vertiginosamente, brincando incluso sobre el bordillo de la acera. Kane se incorporó todo lo deprisa que pudo, gritando con voz potente:

—¡Socorro! ¡Policía! ¡Un rapto! ¡Socorro...!

Trató de saltar a la furgoneta, pero no le fue posible, dada la velocidad y maniobra de ésta en su salida. Pronto se perdió en la esquina inmediata, mientras Kane jadeaba en vano, persiguiendo estérilmente al vehículo, hasta que se detuvo, resoplando, y giró la cabeza hacia la alameda.

Un agente uniformado venía a la carrera, atraído por sus gritos. Kane corrió a reunirse con él. Y recordando el disparo percibido en la casa, el grito y el estruendo de vidrios, y viendo que en la salida del edificio no había aún ni rastro de persona alguna, pensó inmediatamente en el doctor Leslie Leowitz, el ayudante del profesor Chambers.

—¡Han raptado al profesor Chambers! —voceó Kane, llegando hasta el agente de policía. Señaló luego al edificio—. Y dentro de esa casa... es posible que encontremos el cadáver de otro hombre...

El policía le miró asombrado, y luego se llevó el silbato a los labios,

llamando en su ayuda a otros agentes de servicio.

* * *

No estaba muerto.

Cuando menos, había habido suerte en eso. El doctor Leslie Leowitz yacía boca abajo, en el laboratorio, entre tubos y probetas destrozados. Había sangre en torno suyo y en sus ropas, e incluso en una de las mesas de trabajo. Los cobayas, en sus jaulas, chillaban, asustados.

—Está herido —comentó el policía, examinando al caído—. Le dieron un balazo en el hombro. Nada serio, pero quizá también le golpearon, porque tiene un hematoma, y está inconsciente... Ayúdeme, por favor. Llame a una ambulancia. Y también marque el número del departamento de policía. Yo me pondré.

Kane asintió, cumpliendo esas instrucciones. Luego, volvió su atención al caído que, ciertamente, aparecía inconsciente, pero no en peligro. La bala habíase alojado en su hombro derecho, pero no parecía interesar el hueso, a primera vista.

—Hubo una buena batalla aquí —comentó el agente de policía, mirando alrededor.

Asintió Kane, contemplando el destrozo en el laboratorio. Y se preguntó, aturdido, quién y por qué motivos podía tener interés en secuestrar a un hombre como el profesor Chambers, dedicado actualmente a la investigación de los medios de lucha contra el medio ambiente.

Eso no justificaba el suceso, pensó. Luego, con un estremecimiento, recordó algo más. Algo oscuro y sin explicación aún: el gas ámbar... ¿Justificaría eso un rapto, e incluso uno o varios asesinatos, si era preciso?

Era una pregunta sin respuesta. Pero incluso el silencio resultaba inquietante, en ese caso...

* * *

—¿Qué piensas, Marty?

—No sé qué pensar, Sally. Pero no me gusta esto.

—A mí tampoco. El profesor Chambers... Es un hombre que no puede tener enemigos.

—Lo sé. En teoría, así debería de ser. Pero hay un hecho incontrovertible: le han secuestrado. Y por la violencia. Hubieran matado al doctor Leowitz, de haber sido imprescindible. Y a mí. O a cualquier otro...

Se tocó la parte herida por el golpe de pistola, en su frente. Le dolió. Sally Young sonrió, aplicándole otra compresa de agua fría.

—No te toques más —le reprendió—. Después voy a ponerte un cicatrizante y un apósito, pero no debes hacer nada. Ha sido un buen golpe.

—Peor hubiera sido un balazo —gruñó el reportero—. Y aquel tipo pudo dármele...

—Sabiendo la clase de furgoneta que utilizaron, quizá sea fácil dar con ellos, ¿no te parece, Marty?

—No, no me lo parece. La furgoneta y los uniformes debían de ser robados. Algo para no despertar sospechas. Seguramente habrán abandonado vehículo y prendas en alguna parte, una vez conducido el profesor a sitio seguro.

Las palabras de Marty Kane resultaron proféticas. Aquella misma tarde fue encontrado el vehículo comercial, cuyo robo había sido denunciado ya por la factoría de productos alimenticios, abandonado en un paraje poco frecuentado de Long Island, cerca del East River, al norte de Queens.

La policía notificó dicho hallazgo a Marty Kane, por si quería publicarlo en su reportaje vivido acerca del profesor Chambers. También podía añadir algo más, le dijo la policía: el profesor Chambers y sus raptos, a juzgar por las huellas halladas cerca del lugar, en un amplio claro sin edificar, debían haber sido trasladados a un helicóptero, con el que salieron de la zona, con rumbo desconocido.

Hubo testigos que oyeron volar ese helicóptero sobre la hora aproximada en que la policía calculaba el posible abandono de la furgoneta. E incluso alguno que dijo haber visto sobrevolar Long Island a un helicóptero privado, de fuselaje color gris, con franja negra.

Ninguna de las compañías que se dedicaban al alquiler o vuelo de helicópteros particulares admitió tener aparatos con semejante color

en el fuselaje. Y la misma respuesta llegó de los guardacostas, de los servicios de tráfico y de cuantos organismos fueron preguntados al respecto.

Con todos los informes obtenidos del caso, se procedió a denunciar al Federal Bureau of Investigation el extraño caso de la desaparición de Chambers y sus raptos.

Pero nadie se mostraba tampoco muy optimista respecto al posible papel del FBI en el suceso.

Entre esas personas poco esperanzadas se hallaba el propio Marty Kane. Y Sally Young, su joven amiga.

* * *

—Bien, Kane —el inspector Alden paseó por el despacho, ceñudo su gesto—. ¿Es todo lo que puede recordar?

—Absolutamente todo, señor —afirmó el joven periodista—. Me gustaría añadir algo más, pero no es que no recuerde nada más. Es que, realmente, no hay más. Tengo buena memoria, perfecta retentiva y una mente ordenada y serena, inspector. Le aseguro que no habrá nada más, por mucho que me interrogue.

—Le creo. —Alden le miró, pensativo. Luego, formuló una seca pregunta inesperada—: Usted es amigo de un agente nuestro, ¿me equivoco?

—No se equivoca —sonrió Kane—. También ella le conoce. Supongo que se está refiriendo a Chad Donovan, inspector.

—Al mismo, sí —giró los ojos hacia la bella muchacha, con una media sonrisa entre admirativa y sorprendida—. ¿Cierto que Chad la conoce a usted?

—Muy cierto. Hemos sido amigos durante años. Desde que estudiábamos juntos en el Instituto. Chad pasó a Quántico con ustedes, y seguimos viéndonos cuando se graduó como agente federal activo.

—Entiendo. Debo imaginar que no hubo noviazgo ni nada parecido...

—Exacto. No hubo noviazgo. Siempre fuimos excelentes camaradas, eso es todo.

—Ya —la miró, pensativo—. Donovan tiene suerte en conocer a chicas. Usted, su actual esposa... Todas hermosas, señorita Young.

Terriblemente hermosas, diría yo.

—Gracias, inspector.

—No me las dé, señorita Young. Solamente le dije la pura verdad —carraspeó y cambió de tema, tras una breve pausa—. Bien, volvamos al profesor Chambers. Usted ha dicho, señor Kane, que hablaron de polución, de experimentos... y de algo más.

—Sí, inspector. Del gas ámbar. No dijo lo que era. Lo eludió totalmente.

—Entonces, ¿por qué llegó a mencionarlo?

—Es que él no fue quien primero lo mencionó. Fue su ayudante, el doctor Leowitz, quien lo hizo, aunque creo que en el acto se arrepintió de ello; pero ya era tarde. Y el hecho disgustó evidentemente a Chambers. Creí que ustedes sabrían qué es el gas ámbar.

—No lo sabemos. Ni oímos hablar nunca de él. Chambers, oficialmente, sólo trabajaba ya en problemas sobre la contaminación, desde que terminó la carrera de armas bactericidas o tóxicos científicos de uso bélico. Era como una expiación a sus trabajos anteriores, muchos de cuyos nefastos productos han sido destruidos en los *stocks* internacionales de armamento, o enviados en cápsulas de cemento y metal hermético al fondo de los mares, para su anulación definitiva, dado el peligro que significaba un escape de sus emanaciones, a causa de cualquier erosión provocada por el tiempo y la acción de los agentes atmosféricos.

—Pero había un gas ámbar. Y no quiso hablar de él. Dijo que fórmula y muestra habían sido definitivamente destruidas, y nunca habría otras más.

—Gas ámbar... —repitió reflexivo Morris Alden, inspector federal de la División de Seguridad Nacional, sacudiendo la cabeza—. No, no creo que haya nada en nuestros archivos sobre ese gas, pero de todos modos se le preguntará a la computadora de archivos, por si hubiese algo revelador. El producto, según la reacción de Chambers, tenía toda la apariencia de ser... otra arma letal.

—Es lo mismo que yo pensé y le dije a él. Eludió cualquier respuesta.

—Ahora sucede esto... —Alden arrugó el ceño—. Precisamente cuando Chad Donovan se ha casado...

—¿Tiene él algo que ver con todo esto? —se sorprendió Sally

Young, enarcando las cejas con aire perplejo.

—No, claro —rechazó Alden, pensativo—. Me..., me refería a que nuestro mejor agente está ahora lejos de aquí, en plena luna de miel... Me temo que habrá de aplazar su viaje de novios para otra ocasión.

—¿Cómo? —se extrañó Kane—. ¿Van a hacerle semejante cosa a Chad?

—Señor Kane, este trabajo no entiende de sentimentalismos. Cuando un hombre hace falta, se le reclama, por encima de todo.

—Está malherido, en convalecencia creo... —apuntó Sally.

—Eso no le impidió casarse —rió Alden, malicioso—. Y creo que tampoco le impedirá volver a Nueva York, a investigar ese asunto del profesor Chambers...

Kane y Sally se miraron, indecisos. No hicieron comentario alguno.

* * *

—Hakim acertó —el hombre que se hacía llamar Chad Donovan tiró el radiograma sobre el lecho. Luego, contempló el exotismo tropical de Nassau, con cierta melancolía, a través de las rendijas de la persiana graduable de aquellas ventanas, en el dormitorio del *bungalow* que ocupaban en la capital de las Bahamas—. Se terminó la luna de miel, querida.

Ella le miró en silencio. Parecía que iba a decir algo, pero el gesto de él reveló que no debía hacerlo. Allí sí podía haber micrófonos ocultos.

—¿Es urgente la llamada? —contemporizó ella, tomando el radiograma.

—Muy urgente. El FBI siempre llama con urgencia, en estos casos —el hombre se encogió de hombros—. Prepara las cosas. Apenas llegados, nos volvemos. Adiós a Nassau, a Kingston y a todo lo que nos esperaba, Nueva York es nuestro inmediato destino, Rachel.

—Ahí no explica lo ocurrido. Sólo te ordena la inmediata incorporación al servicio, por cuestión de la máxima urgencia.

—Es suficiente —suspiró Chad Donovan—. Es una orden que no se puede rehuir.

—Pero estás convaleciente... —señaló sus heridas del torso, cubiertas por los apósitos aún, con gesto significativo—. ¿Puede ser

útil un agente en esas condiciones?

—Si ese agente se llama Chad Donovan, es evidente que sí —rió entre dientes él, con aire sarcástico—. No conduce a nada discutir la cuestión, querida. Hemos de regresar. Hoy mismo.

Se dirigió al teléfono. Lo descolgó, pidiendo dos pasajes para el primer avión Nassau-Nueva York. Al colgar, contempló muy fijo a Rachel, que estudiaba el soleado exterior con disgusto.

—Algún día volveremos a las Bahamas con tiempo suficiente —dijo, irónico—. Mientras nuestra vida de esposos sea siempre una eterna luna de miel, nada se habrá perdido, cariño.

Ella giró vivamente la cabeza. Le miró iracunda. Encajó sus dientes, y un relampagueo de cólera centelleó en sus ojos rasgados.

—Nunca llegué a pensar que pudiera llegar a sentir odio hacia ti, Chad Donovan —dijo, acentuando malévolamente ese nombre—. Pero ésta es una de esas veces.

Entró en el cuarto de aseo, y cerró la puerta con un brusco golpe seco.

El hombre que decía llamarse Chad Donovan se quedó solo en el amplio dormitorio rústico del bello *bungalow*, tradicional de las Bahamas. Paseó por él, hundidas las manos en los bolsillos de su pantalón de hilo crudo, con un fruncimiento de cejas y una expresión fría y extraña en sus ojos.

CAPÍTULO IV

—¿Ha entendido lo que sucede?

—Perfectamente, señor.

—Bien, Donovan. Entonces no necesitará aclaraciones de ningún género...

—Ninguna, señor —negó él—. Lo importante sería disponer de datos sobre ese helicóptero gris y negro, sobre el posible paradero actual del profesor... y, muy especialmente, sobre ese elemento mencionado por el reportero Kane, el..., el gas ámbar...

—Lo sé, Chad. No hay nada, sin embargo. Sólo lo que acaba de oír, grabado en magnetófono, conforme lo relató el propio Marty Kane, su amigo del *Mirror*.

—Sí, inspector. Cuando no hay otro material, debemos trabajar con el que está en nuestras manos...

Se miraron ambos hombres. Afirmó despacio Alden. Luego le hizo una pregunta, mientras se encaminaba al tablero electrónico situado junto a la mesa despacho:

—¿Cómo va esa luna de miel, Chad?

—Bien. —Donovan escogió cuidadosamente sus palabras, como si temiera resbalar ante su superior en la división de Seguridad Nacional, al dar algún paso en falso—. Todo lo bien que era de esperar, señor.

—Eso me satisface —suspiró el inspector Alden—. Lo único que lamento es haberles roto el viaje de novios apenas iniciado. Sé que usted no está físicamente aún en condiciones, pero le necesitamos para esta labor, estoy seguro de ello. Recuerde que uno de los temas a tratar en la conferencia tripartita de la ONU, a celebrar el próximo mes, es precisamente el del medio ambiente y las formas de combatir la polución mundial con armas eficaces, como las que tenía casi a punto el profesor Chambers. El profesor mismo iba a ser requerido por el presidente de los Estados Unidos, el primer ministro chino y el jefe del Gobierno soviético, para exponerles sus teorías y recursos, con vistas a un plan universal a gran escala, encaminado a que la tierra y los mares produzcan el máximo, y se

evite el fantasma del hambre en el mundo entero. Eso me hizo pensar que Chambers debe ser rescatado a toda costa, porque nadie como él domina esa cuestión de vital importancia en el mundo de hoy. Luego, la mención del gas ámbar por parte de Kane me preocupó más, ya que una posible arma química, bacteriológica o de la naturaleza que sea, podría significar algo mucho más siniestro que un simple fracaso de la lucha mundial contra la contaminación de mares y países.

—¿Qué teme usted, exactamente, inspector? —indagó, curioso, su subordinado.

—No lo sé. Y eso es lo que más me preocupa. Temo algo. Pero ignoro lo que pueda ser. No me gusta imaginar que Chambers pudiera recordar una fórmula nefasta, rehacerla, presionado por alguien... y todo ello, precisamente, en vísperas de esa reunión tripartita de alto nivel.

Chad Donovan se frotó el mentón, pensativo.

—¿Cree que ambas cosas podrían estar relacionadas? —sugirió.

—Imaginemos que lo están. Sería terrible.

—Creí que el mundo quería ahora la paz —señaló Donovan, irónico.

—Y así es. Pero siempre hay movimientos políticos, *trusts* poderosos, países interesados en fomentar una tensión mundial..., e incluso una posible guerra. La Organización Ajedrez puede estar sirviendo a uno de esos grupos nefastos.

—Ajedrez... Casi lo había olvidado, señor —se dio una palmada en la frente—. ¿Podrían estar ellos mezclados en ese secuestro?

—Podrían estarlo, sí.

—Ya veo —se mordió el labio inferior. Lanzó una pregunta—: ¿Y el doctor Leowitz? ¿Qué explica él al respecto?

—Nada aún. Ha estado sometido a una intervención quirúrgica por herida de bala, y atenciones médicas por trauma provocado por un golpe contundente. Hoy podrá hablar, autorizado por los médicos. Si quiere venir, hablaremos ambos con él, Donovan.

—Sí —miró fijo a su superior—. Iré con usted.

—Bien, Donovan. También vendrá con nosotros un viejo amigo suyo: me refiero a Marty Kane, del *Mirror*.

—Marty... —La noticia no pareció ser del gusto de Donovan. Eludió la mirada de Alden, y encendió un cigarrillo con parsimonia—. ¿Por qué él? Creí que no le gustaban los periodistas, Alden. Ni a usted ni

a este organismo...

—Así es —rió Alden—. Pero Kane se ha mostrado muy eficaz y colaboró con entusiasmo en la investigación. Le debemos cierto trato de favor, y creo que se merece asistir a la declaración de Leowitz, como testigo cuando menos. Aparte de que conoce personalmente al ayudante del profesor, y estuvo él allí la víspera del rapto. Eso puede resultar útil para que Leowitz recuerde cosas. Especialmente... sobre el gas ámbar, tema que parece conocer también.

—Entiendo —suspiró Chad Donovan—. ¿Cuándo iremos allá?

—Dentro de una hora —le estudió, reflexivo—. ¿Es que le disgusta acaso la presencia de su amigo Kane? Creí que ambos eran muy buenos camaradas...

—Y Jo somos. Olvide mi comentario anterior. No tengo nada contra Marty, ciertamente. Sólo que... me sorprendió la noticia de su presencia entre nosotros. Eso fue todo, inspector.

—Bien... —Se había detenido ya Alden ante el tablero electrónico, donde comenzó a pulsar determinadas teclas luminosas, tras marcar una serie de cifras en código especial. El aparato, poniéndose en contacto con el computador central de la Oficina Federal de Investigación, comenzó a emitir una serie de tarjetas perforadas. Alden habló, en tanto las recogía para introducirlas en otra ranura inmediata del complejo mecanismo electrónico—: Va a ocuparse ahora de controlar los diversos códigos de nuestros hombres ele servicio en la URSS, en China continental y en la costa atlántica de los Estados Unidos, en previsión de cualquier contingencia con motivo de esa conferencia tripartita y sus vísperas, ¿me ha comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Tenga en cuenta que cualquier indiscreción, cualquier filtración en estos datos de códigos y datos cifrados, traería como consecuencia una auténtica catástrofe para el FBI y para muchas otras personas y organismos. Si el enemigo, esa Organización Ajedrez o cualquier otro grupo adversario nuestro, llegase a conocer tales datos, todo el mecanismo federal en el extranjero, ocupado de la seguridad nacional de este país, recibiría un golpe de muerte.

—Un auténtico jaque mate tal vez, ¿no, inspector? —comentó irónico Chad Donovan, con el rostro totalmente inexpresivo.

—Sí. El símil no resulta agradable tampoco, pero así es. Ya que estamos empeñados en una lucha contra algo o alguien que se denomina Ajedrez... digamos que, en efecto, esa filtración sería funesta para la Oficina Federal y para el propio sistema de seguridad... Usted debe impedir que eso suceda. Y sólo en usted confío en estos momentos, Donovan. Sabe perfectamente que, por desgracia, existen esas filtraciones. Y que cosas que nadie, absolutamente nadie debiera haber sabido sobre nosotros, han llegado a conocimiento de la Organización.

—Lo sé, señor —afirmó su agente, severa la expresión.

—Entonces, no le insistiré —e inclinándose hacia él señaló con voz sorda, casi inaudible—: Ya sabe que va a tener, muy cerca de usted, alguien que tratará de saber...

Donovan afirmó, rápido, llevándose un dedo a los labios, como pidiendo silencio a su superior en aquel momento, pese a estar ambos solos en el despacho herméticamente cerrado de Alden, y con un detector electrónico para acusar la presencia de cualquier posible sistema de comunicación intruso.

Alden hizo un gesto de asentimiento, y no se habló más. Poco después, Chad Donovan memorizaba una serie de datos, registrados en la computadora, y otros, reproducidos en un microfilme electrónico, pasaban a su poder, convenientemente ocultos sobre su persona.

Abandonó el despacho, para reunirse poco más tarde con Alden, cuando se encaminaban al hospital donde estaba internado Leslie Leowitz, el ayudante del desaparecido profesor Chambers...

Apenas se hubo acomodado en la cafetería del edificio federal, pidiendo un café con tostadas y mantequilla, e iniciando una hojeada al diario *Mirror*, donde Marty Kane escribía su famosa columna sobre los famosos, sucedió el contacto.

La bandeja con su servicio le fue puesta delante. Se inclinó a poner azúcar y leche en su café. Entonces vio las letras escritas en tinta azul, sobre la bolsita de azúcar:

«Datos cifrados urgen. Posiblemente falsos».

No pestañeó. Dobló cuidadosamente la bolsita de azúcar una vez vacía. Encendió un cigarrillo mientras tomaba su refrigerio. Y con el

fósforo encendido, prendió, como al azar, el sobrecillo doblado, hasta que se consumió en el cenicero.

Aun después de eso, deshizo el sobre entre sus dedos. Un papel quemado, si no era reducido a cenizas por completo, podía ser perfectamente legible por los procedimientos físico-químicos de los laboratorios federales.

Terminó el refrigerio, dirigió una mirada en torno y dobló el periódico distraídamente. Al salir, lo tiró a una papelería. Siguió adelante. Pero sus ojos, fijos en una de las vidrieras del amplio corredor del edificio federal, descubrieron pronto las manos del hombre que tomó el periódico de la papelería, llevándolo consigo.

Sonrió Donovan, siguiendo adelante. Consultó su reloj. Faltaban veinte minutos para el momento de reunirse otra vez con su superior. Se introdujo en la sección de Identificación y saludó a algunos de los que trabajaban allí, los que más relación habían tenido con Chad Donovan, el agente NZ22 cuando pertenecía a ese departamento, antes de pasar a Seguridad Nacional.

Luego, Chad regresó al exterior, caminando por el amplio corredor. Se cruzó con el mismo hombre que viera recoger el periódico. Era Lehman, un funcionario de servicio en Seguridad, justamente en las oficinas del inspector Alden. Se cruzaron con un leve, saludo indiferente.

Notó la mano rozando su bolsillo. Supo que el microfilme magnético que dejara dentro del periódico había vuelto a él, tras ser reproducido urgentemente de alguna forma, para pasar a ser transmitido posteriormente a la Organización Ajedrez.

Todo funcionaba conforme a lo previsto. La Organización era fuerte y segura. Del mismo modo que era un golpe ingenioso y difícil suplantar al federal Chad Donovan, sin que nadie sospechara nada, lo era también tener a un hombre como Lehman, dentro del FBI mismo, al servicio de Ajedrez, obteniendo los datos que significaban una constante filtración de altos secretos federales.

Una vez más, unos datos escapaban al control de Alden y de los expertos del FBI. Y era Lehman quien los conseguía, aunque esta vez fuese a través de un hombre que decía llamarse Chad Donovan, y había vuelto de la muerte desde el lejano Tel Aviv...

El doctor Leslie Leowitz les contempló débilmente desde el lecho. Sacudió la cabeza, con mucha lentitud.

—Cielos, me cuesta trabajo entenderlo... —jadeó—. Es todo tan confuso...

—Le creo, doctor —afirmó Alden, con serenidad—. Ha recibido un fuerte golpe en la cabeza, un disparo en el cuerpo... Aun así, tuvo suerte. Pudieron haberle matado. Queremos que nos relate todo aquello que usted pueda recordar con detalle.

—Bueno, lo cierto es que también eso resulta nebuloso, cuando menos ahora —se tocó la cabeza, con un gesto de dolor y de incertidumbre—. Pero lo intentaré, pueden estar seguros.

—Se lo agradeceremos mucho, doctor. Diga sólo lo que recuerde con facilidad. No se esfuerce demasiado.

—Verán... Oímos llamar a la puerta. Acudió el profesor. El esperaba una visita, la de un reportero... —señaló a Kane—. Ese joven estuvo el día antes y...

—Sabemos eso —le cortó Alden—. El propio señor Kane nos ha referido ya la cuestión. No se fatigue inútilmente contándonos lo que ya conocemos. Prefiero que se limite a relatar los hechos del día del ataque.

—Bien... Como digo, él fue a abrir, muy convencido de que nada podía suceder. Pensamos que era él quien llamaba. Pero cuando llegó a la puerta y abrió, dijo que no había nadie. Sólo una furgoneta comercial, parada ante la entrada. Regresó, malhumorado por lo que consideró una broma pesada... y entonces ocurrió.

—¿Qué ocurrió, doctor?

—Es evidente que ellos llamaron a la puerta para distraer nuestra atención hacia ese lado. Porque repentinamente hubo como unos estampidos sordos en la puerta trasera, la del laboratorio al jardín... y aparecieron aquellos hombres de uniforme amarillo.

—¿Eran tres?

—Sí, tres. Uno iba armado, pero los disparos sonaban muy apagados, seguramente con silenciador... Nos atacaron sin previo aviso, diciendo que era mejor que no resistiéramos. El profesor no pensó igual, y trató de huir. Le golpearon brutalmente, abatiéndole. Yo corrí a la puerta de salida, y logré alcanzarla, pero apenas tiré de ella, abriéndola, me aferraron, tapando mi boca con una mano, mientras me golpeaban en la cabeza. Me debieron arrastrar, medio

inconsciente, al laboratorio, donde ya cargaban con el profesor, inconsciente. Yo me rehíce tras el golpe, y traté de pelear para defenderle... No pudo ser. Me pegaron de nuevo, y caí sobre la mesa repleta de frascos, probetas y tubos de ensayo. Lo rompí todo, y entonces el tipo armado disparó sobre mí. Ya no recuerdo más...

—Todo concuerda —suspiró Alden—. Eso enlaza con el relato de Kane. El llegó entonces, y luchó por rescatar al profesor, aunque en vano. Bien, doctor Leowitz. Voy a abusar de usted todavía un poco más. Le haré una pregunta. Una sola.

—¿Sí? —El herido le miró, perplejo—. ¿Cuál, inspector?

—Ésta: ¿qué es el gas ámbar?

La mirada de Leowitz fue rápidamente a los ojos de Marty Kane. El hombre llamado Chad Donovan observó esa fugaz ojeada en silencio. El gesto de Leowitz se alteró.

—No debió hablar de eso, señor Kane —se quejó amargamente.

—Lo siento, doctor —replicó el periodista—. No iba a hacerlo. Pero dadas las circunstancias, me creí obligado a ello, le guste o no.

—¿Por qué tuvo que hacerlo? No significa nada...

—Puede significar mucho, relacionado con el profesor —terció Donovan, seco—. Hable, doctor. Le conviene hacerlo. Es importante. ¿Qué es el gas ámbar? Supongo que no se trata de un medio de evitar la contaminación, sino más bien de algo completamente opuesto, ¿no es verdad?

Leowitz inclinó la cabeza. Parecía anonadado.

—Al profesor no le gustará saber que rompí el silencio —dijo, quejoso—. Se lo prometí...

—El profesor puede estar ahora en peligro. O muerto ya, por culpa de ese silencio —le recordó secamente Alden—. El secuestro cambia totalmente las cosas, como dijo el señor Kane. Hable, se lo ruego. Incluso podría suceder que su declaración ayudase a salvar la vida de su compañero de trabajo.

—Entiendo... —suspiró hondo—. Sí, creo que vale más hablar de una vez por todas... y que ustedes sepan qué es el gas ámbar.

—Le escuchamos, doctor —habló Alden, nervioso, sintiendo que difícilmente dominaba su impaciencia de ese momento.

El doctor Leowitz habló, escueto:

—El gas ámbar es... el arma más mortífera y decisiva de toda la historia del mundo, señores. Y también la más silenciosa e

insospechada.

—Creí que después de la bomba de hidrógeno no existiría nada peor
—comenté con sarcasmo Marty Kane.

—El gas ámbar es mucho peor. Imposible de combatir. Podría estar ahora mismo sobre nuestras cabezas, sin saberlo nadie... y estallaría la muerte repentina sin que nadie la presintiera ni, una vez declarada, se pudiese detener.

—Pero... ¿qué diablos es, exactamente? —aulló Alden, malhumorado.

—Una nube. Sólo eso, señor... Una nube. Y luego..., la lluvia que mata.

TERCERA PARTE

JAQUE

CAPÍTULO PRIMERO

—¡La lluvia que mata! Es... ¡es alucinante, señores!

Marty Kane sacudió la cabeza tras hablar con tono enfático. Se miraron entre sí sus dos únicos interlocutores: Sally Young y el hombre que decía ser Chad Donovan, agente NZ22 del FBI.

—Alucinante —convino Donovan—. Y terrible. Basta una nube que flota, que se desplaza con el viento, que va a alguna parte... y se enfría de súbito, como una nube vulgar. Entonces, llueve. Pero no agua normal, sino agua de muerte. Licuado el gas ambarino de la nube, se transforma en una sustancia líquida que penetra en la piel, incluso a través de ropas impermeabilizadas... y mata todo lo orgánico, animal, vegetal o de la naturaleza que sea.

—¿Cómo se le ocurrió al profesor Chambers idear un procedimiento letal tan terrorífico? —Se estremeció Sally.

—Parece ser que no iba en pos de ello, ni mucho menos —replicó Donovan, mirando a la muchacha que fuera amiga del auténtico Chad Donovan durante toda la adolescencia y los estudios—. Buscando un medio de purificar ambientes polucionados, dio casualmente con ese horror, y quiso destruirlo. Quizá lo destruyó, realmente. Pero si alguien le interroga, si le someten a drogas como el pentothal sódico o suero de la verdad, o a sistemas electrónicos de cualquier tipo, la tortura física puede obligarle a hablar, a repetir la fórmula que, por mucho que intente olvidar Chambers, quizá retenga en el subconsciente. Así, la Organización podría disponer en corto plazo del gas ámbar.

—Y con él, de la muerte de quien ellos desearan —resopló Kane.

—¿No dijisteis que, en realidad, es una forma incontrolada de matar, ya que las nubes, como cualquier otra formación nubosa normal, son impulsadas por vientos y corrientes atmosféricas?

—Existe un medio de descolgar nubes mortíferas sobre cualquier punto del globo, Sally —le recordó Donovan—. Utilizando aviones adecuados, que dejen brotar el gas debajo de su fuselaje, a una temperatura adecuada, o rociando luego la nube con corrientes artificiales de aire frío que provoquen la licuación de muerte.

—¿Habría alguien capaz de eso? —Se estremeció ella.

—Sí —replicó Kane, sombrío—. La propia Organización, para un gran chantaje a escala mundial, pongamos por caso. O vendiendo el secreto a una potencia deseosa de tener en su poder a todos los pueblos del mundo, si ése es su gusto.

Hubo un silencio impresionante entre los tres. Pausadamente, se incorporaron, abandonando el gabinete donde habían estado conversando, en casa de Marty Kane. Salieron a la calle. Ya oscurecía. Donovan miró su reloj.

—Debo volver a casa —dijo—. Rachel estará sola, impaciente por mi ausencia...

—¿Eres feliz, Chad? —preguntó Sally de pronto, tras una pausa. El la miró. Sonrió.

—Sí —dijo secamente—. Muy feliz, Sally.

—Me alegro —tembló la voz de ella—. Me alegro mucho, Chad. Lo mereces.

—¿Tú no lo eres, acaso?

—No me puedo quejar —sonrió forzada ella—. Pero sigo soltera...

—Haces mal. Hay que elegir alguna vez. Y no vivir en soledad —agitó su mano cordialmente—. Bien, ya nos veremos, amigos. Espero hallar pronto a Chambers. O las cosas se pondrán muy feas para el día que se reúnan los grandes gobernantes del mundo en la ONU...

Se alejó, subiendo a su automóvil. Sally y Kane se miraron, pensativos.

—A veces parece distinto —comentó ella—. Como si el matrimonio le hubiese cambiado.

—Sí, estaba pensando igual —confesó a su vez Marty Kane, arrugando el ceño.

Y su mirada siguió, pensativa, la marcha del vehículo calle abajo.

* * *

—Te tendieron un cebo, Chad, para que yo picase —confesó ella fríamente.

El asintió despacio, quedándose en mangas de camisa.

—Lo imaginaba —aceptó—. Desde que Alden me dio esos informes, datos y códigos. Al verdadero Donovan se lo entregarían sabiéndolo

él, como un cebo para ti.

Me lo sugirió así, por supuesto. Pero el propio Lehman, el enlace de la Organización dentro del FBI, ya lo sospechaba. ¿Tienes el informe acaso?

—Telefoneó Lehman. En clave, por supuesto. Y una clave que los expertos federales no pueden descifrar. Entendí que todos los datos reproducidos del microfilme magnético son falsos, auténtica cortina de humo para nosotros. Eso forma parte de su juego —sonrió ella—. Siendo tú el auténtico Donovan, claro está. Porque imagino que no sospechan nada acerca de tu identidad...

—No, en absoluto. Sigo siendo el hombre de confianza que siempre ha sido Chad Donovan para ellos. Incluso me he enterado del gran secreto de Chambers y del doctor Leowitz.

—¿El gas ámbar que cita Kane, tu amigo el periodista?

—Exacto: el gas ámbar.

—¿Qué es, exactamente? Yo también siento curiosidad sobre ello. Ya sabes que Hakim y la Organización no son nunca demasiado explícitos en los detalles.

Se lo explicó. Una palidez repentina se extendió por el hermoso rostro de la exótica muchacha de origen eurásico.

—Dios mío, no... —jadeé—. Sería demasiado espantoso.

—Estamos trabajando por ello, es evidente. Como el FBI por su lado. Chambers es la clave, querida. El posee el medio de proporcionar al Monarca la más poderosa arma de todos los tiempos. Algo contra lo que es imposible de todo punto luchar...

—¡Chad, siento miedo...!

—¿Miedo? ¿Ahora? —La miró duramente—. Sabes qué clase de trabajo es éste. Sin sentimentalismos, te lo dije. Hay que ir por encima de todo hasta el final.

—Sí, recuerdo eso muy bien. Pero no me gusta pensar... en una matanza semejante, en cualquier lugar del mundo.

—Ya hubo otras, y el mundo sigue adelante: Pearl Harbor, Hiroshima, Nagasaki...

—Es diferente. Ahora se habla de paz, no de guerras. Se desea la convivencia. Si ninguna potencia compra ese secreto bélico, la Organización puede utilizarlo en su propio beneficio, chantajear a los grandes países, obteniendo cuanto pidan...

—¿Y qué? —Donovan la miró a los ojos—. No irás a flaquear ahora,

¿verdad?

—No es eso, Chad, pero...

—No hay posible vuelta atrás. No en nuestro trabajo, bien lo sabes. Además, es ridículo pensar ahora en sacrificios humanos, en muertes y cosas así. Tú has aceptado siempre ese riesgo como parte de tu tarea. Igual que yo. Sabes que el auténtico Donovan fue muerto en Tel Aviv violentamente. Eso fue un asesinato, dicho crudamente. Ha habido otros. Y tú, al colaborar en la tarea, eres cómplice de esos crímenes, te guste o no.

—Chad, yo no sabía que..., que el auténtico Chad... quiero decir que él... iba a ser asesinado —repentinamente, los ojos de ella se nublaron con el llanto—. Si no puedo sentir por ti lo mismo que sentía por él, aunque me atraigas físicamente de igual modo por tu parecido con Chad, es precisamente por eso: porque él ha muerto por culpa mía, tuya, de todos nosotros. Pero al iniciarse esta misión, creí que solamente sería secuestrado, conducido a alguna parte para la suplantación, Nunca imaginé...

—Y cuando lo supiste, no por ello renunciaste a la tarea.

—Lo intenté —dijo ella con inesperada sinceridad—. Pero Hakim me obligó a seguir. Tú lo has dicho antes: la Organización no perdona. No admite desertiones. Una vez dado el primer paso, hay que seguir hacia adelante. Nunca un solo paso atrás. Tuve que hacerlo por miedo.

—Estás hablando peligrosamente, querida —le recordó él con frialdad—. Sabes que soy, como tú, un miembro de la Organización. Que estoy metido en esto hasta el cuello, simplemente por dinero, como tú. Si acepté el trabajo es porque soy un mercenario leal. Imagina si refiero a Hakim o a algún otro jefe lo que acabas de decir...

—No me importa. Hazlo, si quieres. He hablado, y me desahugué. Es todo. No temo ya nada.

—Eh, espera —avanzó rápido hacia ella. La sujetó bruscamente por una muñeca, casi con brutalidad. La atrajo hacia sí—. ¿Qué estás dando a entender ahora? ¿Es que renuncias quizá al plan previsto?

—¡Sí! —Casi gritó ella—. La dama se rinde. Se deja cazar estúpidamente por cualquier peón del tablero, ¿entiendes? ¡No quiero seguir con esto! ¡Ya que he sido una maldita y vil cómplice o encubridora de un asesinato en el que Chad, el hombre a quien yo

amaba, fue la víctima, no seguiré siéndolo cuando peligran cientos, miles, acaso millones de vidas! ¡Conozco la falta de piedad de la Organización, y no van a retroceder ante una matanza aterradora, si eso les proporciona dinero en cantidad!

—Rachel, estás pasándote de la raya —silabeó él, amenazador—. No me obligues a denunciarte a Hakim, a revelar a nuestros jefes lo que estás diciendo en un momento de histerismo, sin duda alguna...

—No, Chad... —Luego, de repente, soltó una carcajada burlona y le miró despectiva, casi furiosa—. ¡Chad Donovan! ¡Tú, monigote, simple robot humano, con una falsa cara, un nombre ficticio y la identidad de un muerto! ¡No, no puedo seguirte llamando Chad, Chad, siempre Chad! Toda esta farsa me produce náuseas, créeme. No lo soporto más. Ya he resistido bastante. ¡Te llamaré por tu auténtico nombre, Stuart Dyker! ¡No ensuciaré más el nombre de aquel hombre que fue sacrificado cobardemente por vosotros y vuestros asesinos a sueldo!

—Espera, querida —masculló el hombre que decía ser Chad Donovan, con tono amenazador—. ¿A qué ha venido ese cambio? ¿Qué ha ocurrido en ti para que, de la noche a la mañana, te comportes de un modo radicalmente distinto?

—He soportado mucho —asomaron lágrimas a los ojos rasgados, exóticos, y rodaron lentamente por sus mejillas suaves—. Sí, Dyker. Ha sido una dura prueba que soporté gracias a estimulantes...

—¿Qué dices? ¿Estimulantes?

—Sí. No drogas estupefacientes, ni narcóticos, ni nada de eso. Estimulantes que me hacían dominar mis depresiones, que me daban una falsa euforia... De ahí mis insinuaciones hacia ti, mi modo de soportar la prueba, como falsa señora Donovan, junto a un farsante que suplanta al hombre a quien realmente amé... Ahora me doy cuenta exacta de mi tremendo error. Debí negarme desde que supe que Chad había sido asesinado.

—Eso hubiera significado tu ejecución inmediata, Rachel —le recordó con aspereza él.

—Lo va a significar lo mismo ahora —le miró, desafiante.

—Es ridículo... —jadeó Donovan—. Tengo que denunciarte. Soy un hombre fiel a mi misión, a aquéllos para quienes trabajo, Rachel. Debo hacerlo, aunque resulte duro con una mujer como tú...

—Hazlo —le replicó ella, glacial—. Vamos, ¿a qué esperas? ¿Acaso

va a faltarte el valor, Stuart Dyker?

El se mordió el labio. La miró, pensativo. Luego, caminó hasta el teléfono. Se dispuso a marcar, una por una, las cifras del teléfono especial de Hakim en Nueva York...

—Espera, amigo. No llares —dijo una voz helada—. No hace falta. Lo he escuchado todo.

Y el propio Hakim, siempre gordinflón, risueño, carilleno y ventrudo, asomó tras los cortinajes que separaban el gabinete del vestíbulo.

Rachel lanzó un gemido ronco. Estiró la mano hacia su bolso, tratando de aferrar algo. Hakim, rápido, la sujetó, arrancándole el bolso, que tiró a las manos del supuesto Donovan.

—Quieta, fierecilla —silabeó el hombre de Tel Aviv—. Mira a ver qué clase de arma esconde ahí nuestra traidora de turno, Donovan.

—Sí, señor —afirmó obediente el llamado Chad Donovan.

Rebuscó, mientras Hakim sujetaba con una mano a Rachel, y la Otra, hundida en el bolsillo de su amplia chaqueta de hilo claro, aparecía esgrimiendo una automática con silenciador, que asestó sobre ella.

—Ningún arma —dijo Chad, tirando un objeto sobre la mesita cercana, con desprecio—. Solo... veneno.

—Veneno... —La mirada maligna de Hakim se clavó fríamente en la joven esposa.

—Vaya... ¿Tan desesperada se siente la hermosa colaboradora de Ajedrez, la dama con la que esperábamos dar jaque mate, para entregarse sin lucha, desapareciendo del tablero?

—Igual he desaparecido ya —silabeó ella—. No quiero seguir el juego. Y eso significa ser eliminada. Devorada por las mismas piezas de mi bando, ¿no es cierto, Hakim?

—Y bien cierto —suspiró él, examinando el tubito de veneno—. Lo siento, Rachel. Eras muy útil a nosotros. No sé cómo se te ocurrió semejante estupidez. Ahora, el amigo Chad Donovan se quedará viudo... Será un desgraciado accidente, claro. El podrá seguir en el FBI... y nada se habrá perdido en realidad. Sólo tú habrás perdido lo más valioso: tu propia vida, preciosa...

—No me importa —cortó Rachel—. Nada me preocupa ya.

—Ha sido extraño tu cambio —rió Hakim—. Pareces tú la suplantadora, no Donovan...

—¡Dejad de llamar Donovan a ese cerdo asalariado! —chilló histéricamente ella—. ¡No soporto más que un rufián lleve el nombre de Chad!

—Vaya... Pudiste mostrar ese mismo amor al saber que fue asesinado en Tel Aviv tu amado Chad...

—Tuve fuerzas para controlarme, por miedo a morir. Luego, poco a poco, fui entendiendo, me di cuenta de que amaba realmente a aquel hombre, cuya muerte jamás pude sospechar... y los estimulantes me lograron sostener con energía, con un control de mis nervios...

Eso se acabó ya. No soporto más la prueba. Prefiero morir.

—Tus deseos serán cumplidos. Vas a morir —giró la cabeza, mirando a Chad Donovan—. Tu lealtad merece elogios, amigo. Sé que ibas a avisarme en ese momento. Pero yo nunca me fío de nadie. Al venir a veros, entré por la parte de atrás del edificio, me paré a escuchar... y el hecho fue providencial para nosotros.

—¿Es absolutamente preciso... matarla? —preguntó roncamente Donovan.

—Sabes que sí —le miró con ojillos malévolos—. Supongo que tú no tendrás problemas de tipo sentimental, como ella...

—No, no —rechazó Donovan—. Ella me detesta. No comparto ese sentimiento suyo, pero tampoco moveré un dedo por ayudarla. Se lo ha buscado, Hakim. Siento que las cosas ocurran así, porque quizá hubiera llegado a haber un auténtico matrimonio entre ambos, pero era inevitable, pensando cómo piensa.

—Inevitable por completo —la miró Hakim con disgusto—. Sobre todo, en estos momentos cruciales para todos nosotros.

—¿Es cierto que el profesor Chambers...?

—No preguntes, Donovan. Nunca nos gustaron las preguntas. Pero sí: el profesor Chambers nos ha dado la fórmula del gas ámbar. Es el medio de ganar una fortuna inmensa. Lo hemos ofrecido al Gobierno de Pekín, porque sabemos sus diferencias con Moscú. Se han negado a adquirir el gas letal. También los necios de Moscú respondieron negativamente a la oferta. No quieren guerras, fue su respuesta. Ni armas así.

—Todos ellos son mejores que vosotros, sucios asesinos, bastardos mercenarios... —acusó con rudeza ella—. Siento náuseas sólo de estar cerca de vosotros...

Irritado, Hakim le descargó un seco golpe de pistola en el rostro, y ella cayó de rodillas, sollozando, con un corte sangrante en su mejilla. El que decía ser Chad Donovan la miró frío, indiferente, sin una sola emoción reflejada en su rostro inexpresivo.

—Calla, estúpida —jadeó con ira Hakim—. No me gustan los insultos.

—Si las cosas están así, ¿dónde estará el beneficio de ese arma, Hakim? —indagó Donovan—. Espero que los Estados Unidos no van a adquirirla.

—Claro que no. Tampoco se la ofrecimos. La hostilidad actual está entre China y la Unión Soviética, por diferencias ideológicas y fronteras. Pero no quieren llevar eso al terreno bélico declarado. Los americanos tampoco aceptarían. De modo que sólo nos queda una posibilidad.

—¿Cuál?

—Nosotros la utilizaremos —rió Hakim.

—¡Dios mío, no! —sollozó ahogadamente Rachel.

—Entiendo —asintió, grave el gesto, Chad Donovan—. ¿Chantaje?

—En gran escala. Una amenaza, una suma reclamada. Si se niegan... ¡plaf! Una ciudad entera bajo la lluvia mortífera. Y luego, doble suma, o una segunda ciudad se va al diablo. Al final, miles de millones en oro, en moneda fuerte... Seremos los más ricos del mundo, los seres más poderosos de la Tierra.

—¿Idea tuya, Hakim? —se interesó Donovan.

—No —negó el hombre de Tel Aviv—. Del patrón. El Monarca, claro.

—El Monarca... Sí, ya veo.

Hubo un silencio. Hakim esposó las muñecas de Rachel. Luego, miró de nuevo a Chad Donovan.

—Vamos a ir al cuartel general —dijo, escueto—. Prepárate, Chad.

—¿Yo también voy con vosotros? —dudó Donovan.

—Eso es. El patrón quiere verte. Cuando sepa lo ocurrido aquí, va a sentirse aún más interesado en ti. Quizá te nombre uno de sus colaboradores de confianza, seguro. No siempre un tipo reacciona como tú, ante la traición de una mujer tan hermosa y deseable como Rachel... Bien, en marcha. Ella debe salir de la casa sin que llamemos la atención. ¿Qué se te ocurre, Donovan?

—El garaje del jardín —dijo rápido—. El portaequipajes. Tiene un

sistema de ventilación para casos así. La introduciremos amordazada y ligada. No habrá problemas.

—No nos seguirá nadie, imagino.

—De eso me ocuparé yo previamente —sonrió el supuesto Donovan—. Sólo un par de minutos, Hakim. Conozco bien los procedimientos federales. Y recuerde que de mí no sospecha nadie todavía...

—Sí, conforme, Donovan. Se hará como dices. Pero rápido. No queremos perder tiempo en preparar el gran ataque. El auténtico jaque al FBI y a la Seguridad Nacional..., con la amenaza y el precio de miles de vidas amenazadas.

—Soy el primero en tener prisa por ver el desenlace de esta partida de ajedrez tan ingeniosa —rió entre dientes Donovan, ausentándose—. Vuelvo inmediatamente, Hakim. No la pierda de vista, por si intenta algo más...

—Conmigo no hay problemas —dijo el hombre de Tel Aviv—. No ha nacido aún la persona capaz de engañar a Hakim.

Se engañaba en esos momentos al pensar así. Pero él no podía saberlo.

Estaba demasiado seguro del jaque inminente. Un jaque que podía ser mate en cualquier momento...

CAPÍTULO II

—Bien... Hakim me ha referido todo con detalle. Le felicito. Es usted el hombre que necesita la Organización, Dyker. Creí que sería un simple mercenario, un asalariado eficaz, pero sin gran inteligencia. Veo que me equivoqué, y eso es una suerte para todos. El jefe estaba hablando. El misterioso Monarca, con su cabeza envuelta en la negra caperuza. Solamente los ojos eran visibles a través de las rendijas abiertas en la prenda.

—Gracias, señor —habló modestamente el supuesto Chad Donovan—. Sólo he intentado ser leal a quienes me pagan. Acepté esta tarea por mi parecido físico con Donovan, posteriormente aumentado con intervenciones quirúrgicas de especialidad plástica, pero mi afán es servir con fidelidad a mis jefes.

—Esa fidelidad pudo haberse tambaleado hoy, cuando Rachel Winters se reveló como una traidora. Y, sin embargo, no ha sido así. Por el contrario, Hakim ya ha informado sobre su comportamiento rígido y honesto para la Organización. Eso debe tener un premio. Y lo tendrá.

—No tuvo gran importancia, señor —estudió al enmascarado, tratando de saber qué clase de facciones habría bajo aquel tejido, pero fracasó en el empeño—. Pero agradezco su felicitación.

—Habrá más que una felicitación. Hakim es uno de mis hombres de confianza. Usted va a ser otro de ellos en breve. Antes de estudiar ese punto, una sola pregunta: ¿le complace matar, tal vez?

—¿Matar? —Hizo un gesto de desagrado—. Sinceramente... no, señor.

—Ya. Su sinceridad le honra, muchacho. Me gusta que diga la verdad. Le iba a ofrecer un auténtico honor: deshacerse de Rachel Winters por su propia mano. Pero veo que eso no iba a hacerle precisamente feliz.

—Pues... no, señor.

—Entonces, ¿le es indiferente ver morir a otros, aunque sea violentamente? —Los ojos se clavaron en él, fríos y sutiles. Donovan permaneció indiferente. Se encogió de hombros.

—Si lo dice por las posibles ciudades del mundo que resulten arrasadas por esa nube de muerte..., sí. Me deja indiferente por completo.

—Bien. Entonces no tendrá inconveniente en presenciar de cerca, cuando menos, la inmediata ejecución de Rachel Winters.

Un leve pestañeo. Una vacilación acaso. Luego, un tono firme en él:

—Pues..., no. No me importará, señor. Aunque siempre sea lamentable que una hermosura así se malogre definitivamente...

—Ella se lo buscó. Venga conmigo.

Se incorporó, majestuosamente, envuelto en una especie de larga túnica negra, que le envolvía hasta los pies. Sobre el pecho lucía la figura de ajedrez de un rey, en color blanco. Iba enguantado. Su modo de andar resultaba indefinible.

Chad Donovan había llegado, con Hakim al volante, a aquella residencia amplia y lujosa del norte de Bronx, dentro de la cual había un hangar oculto, con aspecto de invernadero, donde se guardaba un helicóptero gris y negro.

Alrededor del edificio, numeroso personal armado. Trampas electrónicas, ojos magnéticos, células fotoeléctricas, toda clase de medidas de seguridad.

Era el santuario. El cuartel general de Ajedrez. Y en él, el Monarca. El patrón, el rey de aquel extraño juego humano. Rodeado por cuatro hombres provistos de metralletas.

Ahora, él era ya uno de los escasos hombres de la Organización que habían llegado a hablar con el misterioso cabecilla de la secta poderosa internacional. No parecía particularmente impresionado o emocionado por ello.

Llegaron a través de un corredor repleto de señales electrónicas a un pabellón amplio como los utilizados para ejercicios de tiro, con potente iluminación artificial, blancos móviles, y armas de balas normales o trazadoras, alineadas en los muros.

En medio de todo ello, una figura erguida, sujeta a un blanco: Rachel Winters, solamente vestida con sus prendas íntimas: su *slip* y su corpiño, sobre las formas espléndidas y arrogantes.

El hombre que decía llamarse Chad Donovan contempló inexpresivo las huellas sanguinolentas en el cuerpo hermoso de la joven con quien se casara en Nueva York pocos días antes, firmando como Chad Donovan.

La habían torturado. Y considerablemente, además.

Su gesto, sin embargo, era sereno, calmoso, indiferente, casi despectivo hacia los demás. La luz se derramaba crudamente sobre ella.

—Bien —rió la voz, bajo la máscara negra—. Voy a ocuparme personalmente de su ejecución, jovencita.

—No me importa —replicó ella, con voz que retumbó en la sala cerrada—. Me dan asco todos. No temo morir.

—Sé que ha sido muy valiente. No exhaló ni una queja durante la tortura —comentó el jefe. Miró a Hakim, presente en la sala, que asintió con la cabeza—. Pero ahora no se trata de que se queje, sino de borrarla del mundo de los vivos. Es el código de la Organización con todo miembro que traiciona sus principios.

Ella no respondió. Su mirada, fija despreciativamente en Chad Donovan, reveló el asco que le producía él también, tras su delación, no efectuada al fin, pero evidente cuando iba a telefonar, allá en su residencia neoyorquina.

—Bien —suspiró la voz del Monarca—. Mate a la dama... Es el principio del jaque mate a los federales, a la nación, al mundo entero...

Y tomó un potente rifle, que alzó en sus manos enguantadas, apuntando cuidadosamente a los senos de Rachel...

* * *

Todos centraron su mirada en el blanco humano que iba a ser utilizado como trágico objetivo de tiro de aquel pabellón.

Un momento después, inexorablemente, sabían que Rachel Winters estaría muerta. Habría pagado su traición. La partida de ajedrez habría perdido una dama.

Pero era un sacrificio premeditado, que llevaría a las demás piezas al jaque.

Y quizás al mate definitivo...

El dedo enguantado se movió en el gatillo de la poderosa arma automática.

EPILOGO

¡MATE!

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que decía ser Chad Donovan no parecía haberse movido en todo aquel tiempo.

Lo mismo que Hakim y los guardaespaldas armados del Monarca. Sin embargo, algo sucedió antes de que el enmascarado jefe disparase su rifle sobre la muchacha cautiva.

Retumbó un estampido. Uno solo, seco y rotundo. Un disparo de arma de fuego.

La bala, de haber tocado la túnica o la caperuza del tirador encapuchado, nada hubiese conseguido, salvo quedar incrustada en la malla oculta, protectora de la personalidad siniestra de aquel ser. Sin embargo, el blanco elegido había sido preciso, mínimo, difícilísimo, pero mortal de necesidad: uno de los ojos del llamado Monarca.

El proyectil penetró por la rendija del tejido blindado. Justo en la pupila del misterioso enmascarado. Reventó su ojo. Y con él su cráneo, en la trayectoria mortífera dentro de la cabeza.

Un alarido atroz, inhumano, brotó debajo de la caperuza. El rifle disparó sin tino, hacia los muros acolchados, donde incrustó la potente bala destinada a Rachel.

Ella, asombrada, asistió al más extraño suceso de todos los imaginados. Chad Donovan, el hombre que iba a delatarla, el reciente hombre de confianza del Monarca, el falso agente federal, había sustituido en décimas de segundo su automática por un fusil ametrallador de cañón corto, apoyado no lejos de él y de Hakim.

Y con él, de una sola ráfaga, segó brutalmente las figuras de los guardaespaldas desorientados, que ya reaccionaban echando mano a sus propias metralletas. Incluso Hakim, el gordo y fofo Hakim se fue al infierno, acribillado a balazos, con un gesto de inmenso estupor, de total incredulidad en su rostro habitualmente maligno y risueño.

Después, un profundo silencio reinó en la sala de tiro.

Ese silencio lo quebró la voz de Rachel, al ver avanzar por la pista de tiro al hombre de quien jamás hubiera esperado tal reacción,

arma humeante en mano, con dura sonrisa curvando sus labios enérgicos.

—Chad... —Silabeó—. Oh, cielos, Dyker, o comoquiera que te llames. ¿Por qué..., por qué has hecho esto... por mí?

—Tenía que hacerlo —sonrió él con frialdad—. Estás a salvo, Rachel. Y siento que experimentes tanto odio hacia mí.

—Chad, esto te... te lo agradezco, aunque ahora hayamos de morir los dos juntos, al venir todos los demás pistoleros de la Organización —gimió ella—. Sólo quisiera saber si... si lo hiciste por mí...

—Sólo por ti. Y por un triunfo necesario, Rachel.

—Gracias. Pero el triunfo es breve. E inútil —se escucharon lejanos disparos, carreras, estruendo que se aproximaba a la sala de tiro del cuartel general de «Ajedrez»—. Ya vienen a por nosotros...

—No, Rachel —negó él—. No vienen a matarnos, sino a rescatarnos, a terminar con este odioso lugar... y con lo que hubiera podido significar para el mundo, caso de que ese demente, ávido de riquezas ingentes, hubiera llegado a disponer del gas ámbar...

—¿Rescatarnos? ¿Te has vuelto loco? ¿Quién puede saber que estamos ahora aquí?

—El FBI —sonrió Chad Donovan—. Desconectaron, con aparatos especiales, todo el sistema de detección electromagnética de la residencia. Y entraron calladamente. Luego, al oír los disparos aquí, han atacado. Son docenas de federales armados. Y vienen a salvarnos definitivamente, Rachel. A ti y a mí.

—Oh, Dios mío, no puedo entenderlo —lo miró, patética—. Pero debes huir, evitar que te capturen y te juzguen por suplantación de un hombre, de un federal asesinado.

—No, Rachel —negó él—. No necesito huir. En realidad, YO SOY CHAD DONOVAN...

CAPÍTULO II

—El FBI había temido un atentado contra mí. Se fingió el atentado en la calle. Luego me cambiaron por un hombre similar a mí. Otro «sosias», como ellos mismos proyectaron. Me creyeron internado allí. Los hombres que protegían a mi doble no pudieron salvarle de la muerte, desgraciadamente. Pero yo estaba oculto y a salvo. Cuando ellos pusieron su propia contrafigura, el tal Stuart Dyker, sabíamos ya que no podía ser nuestro duplicado, sino uno de ellos. Intuyendo así su juego, el inspector Alden le siguió la corriente, hasta capturarlo. Después yo pasé a ocupar su puesto, tras conocer todos los detalles por medio de Dyker, sometido al suero de la verdad.

—Es increíble... ¡Estoy casada realmente con Chad Donovan... y he odiado al auténtico Chad Donovan todo este tiempo! —gimió Rachel, de regreso al centro de Nueva York en uno de los vehículos del FBI.

—Sí, Rachel. Eso es cierto. Pero sabiendo lo que estuvimos haciendo, puedes deshacer la boda, si lo crees oportuno.

—Entiendo. Tú..., tú no puedes amar a una mujer que, por dinero, estuvo a punto de traicionar a este país y a todo el mundo civilizado. Te espera Sally, que es diferente...

—No digas tonterías, Rachel. Sally, en realidad, sólo ha sido siempre una buena amiga. Al final acabará casándose con Marty Kane.

—¿Y tú?

—Yo, soy el esposo de Rachel Donovan, si ella está de acuerdo —rió él.

—Oh, Chad, eso es maravilloso, pero..., pero no merezco tanto.

—Lo mereces todo, querida —suspiró él—. Absolutamente todo. A tiempo supiste salvar tu conciencia y tu misma persona. Te admiro. Has sido muy valiente. Y comprendo que me odiasen, pensando que yo era responsable en parte en la muerte de mí mismo...

Y el inspector Alden, sentado delante, junto a un agente federal que conducía, se volvió para aclarar:

—De todos modos, señora Donovan, tendrá que cumplir ciertos trámites con la ley, acaso sufrir un pequeño correctivo judicial, pero será poca cosa, después de lo que hizo contra esa gente, al rebelarse ante el auténtico Donovan, nuestro inapreciable Agente NZ22.

—Cielos, Chad, eso sí que fue una jugada maestra de ajedrez —comentó ella—. Un auténtico jaque mate... cuando ellos pensaban que os tenían en jaque a todos.

—Es lo curioso del ajedrez —sonrió el federal—. Que a veces, llevado a la vida misma, permite estrategias tan desconcertantes.

Hubo un silencio. Luego ella preguntó suavemente:

—Sólo... sólo me queda algo por saber, Chad.

—Lo imagino —asintió Donovan—. La identidad del Monarca.

—Sí. ¿Quién era él? Llegué a sospechar del doctor Leowitz, el ayudante del profesor Chambers.

—También yo. Pero era más complejo. El jefe de la Organización era... EL PROPIO PROFESOR CHAMBERS, querida.

* * *

—¡Cielos! Chambers... Pero si fue secuestrado...

—Una farsa montada justo a tiempo para que Kane la viese y declarara como testigo. Los pistoleros tenían orden de no dañar, bajo ningún concepto, a su prisionero. Y éste, una vez en su cuartel general, por orden de Hakim, único conocedor de su identidad, pasaba a ser el Monarca.

—Pero..., pero entonces él poseía aún la fórmula del gas ámbar...

—Naturalmente. La tenía memorizada, sin duda. Concibió la idea de crear una organización criminal mercenaria, para procurarse dinero para sus experimentos. Luego la codicia le cegó y pensó en un vasto plan, en un colosal chantaje o en la venta del gas asesino a otros países... Su propia codicia le perdió. Él nunca llegó a imaginar la jugada maestra del FBI. El auténtico jaque mate de esta partida delirante: el hecho de que Chad Donovan en persona... suplantaba a Chad Donovan.

El automóvil siguió adelante. El jaque mate se había producido.

Era el fin de la partida.

Y el principio de una vida mejor para Rachel. E incluso para Chad Donovan, Agente NZ22 de la Oficina Federal de Investigación.

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas tuyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En esta novela, por la condición de ciertos personajes, se alude frecuentemente al juego del ajedrez. Para el poco iniciado, bueno será recordar que «apertura» es todo inicio de partida, «gambito» es una apertura con sacrificio de material por rasgo especulativo, y el «giuoco piano» o el «Gambito Evans», se consideran aperturas tranquilas, para un posterior juego violento y agresivo. (N. del A.).

< <

[2] Chess: en inglés, ajedrez. < <

[3] Téngase en cuenta que, en inglés, la figura del ajedrez llamada «alfil», se denomina «bishop», y la traducción literal de este nombre es la de «obispo». < <

[4] Un sistema de juego agresivo y lleno de trampas y trucos, que desconcierta incluso a los más expertos jugadores de ajedrez. Por regla general, a las nueve o diez jugadas, la situación del tablero es complicadísima, y propicia a los mayores golpes de efecto. < <